

EL COJO ILUSTRADO

AÑO XIII

15 DE OCTUBRE DE 1904

Nº 308

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUALB. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA
Este 4 — Número 14
CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES

DE BOHEMIA

Envuelta aún en la tristeza del convento, te asustan las alegrías profanas; tus pupilas, grandes y serenas, sombreadas por el humo del incienso, huyen la viva luz del día; y fijos tus recuerdos ¡oh! virgen en las horas de glorificación al Señor, tu inteligencia—el ala entumecida por la monotonía de la plegaria—vuela penosamente.

Como una estrella en una nube, así en la vaguedad conventual, palpita tu memoria.

Ibas á profesar, ¿verdad? Sedujo tu espíritu infantil la suave paz del claustro; la música doliente de los órganos doblegó el ramaje de tus nervios; penetró en tí la magia de los cánticos sagrados; como un deseo sutil te aprisionó la gasa del incienso; y Jesús, el dulce galileo, flagelado y sangriento, tendidos los brazos como pidiendo el consuelo de las almas, conmisero la tuya, y anhelaste verle, triunfador y glorioso, á la diestra del Padre, en la pompa celeste. Y sobre tu cabeza, hecha para ceñir diadema de sultana, quizá flotó un instante el blanco velo de las novicias; y por los lirios de tus manos corrieron, como gotas de rocío, las cuentas de tu albo rosario; y tus ojos, llenos como los de los dioses, de una luz misteriosa, posáronse en tu libro de plegarias; y hubo, acaso, nupcias castísimas con el divino prometido en la sugestión de tus místicas alucinaciones.

Bendita sea la fuerza que ha desviado tu alma de los deseos claustrales, y te ha vuelto al reino de la vida y á la admiración de los poetas.

*
*

Flor que entreabres, un ambiente, puro y luminoso, debe recibir las primicias de tu aroma. Alondra que el vuelo empiezas, bajo el oro del sol deben tenderse las palmas de tus alas. Hay quien cele ¡oh! virgen el despertar de tus quince años, como el romper de una crisálida,



LAS VOCES MISTERIOSAS. — Cuadro de A. Boyé

De Richepin:

Connais-tu la chanson des fils du Télégraphe?

*Applique ton oreille, enfant, contre le bois,
Et ton cœur entendra la voix, la grande voix,
Murmurer comme un flot sous fin, lointaine et douce.*

y quiera para esa navidad de tu espíritu, la intensa luz solar y no la crepitante de los cirios.

Deja que en el espeso bosque de tus cabellos anide el ave del amor y cante el himno de la vida prolífica. Deja que en tus oídos resuene el canto pasional rendido á tu belleza morisca, porque de los árabes tienes, y cree el soñador mirarte bajo el cielo africano á la hora del crepúsculo, cuando el sol huye de un horizonte ensangrentado; en el aire en calma, grita el *muezín* sus voces místicas, abren en el oriente las estrellas, y el cálido soplo del desierto llena el alma de las vírgenes de ensueños edeneales.

*
*

En las exaltaciones de mi amor, yo te rindo culto oriental, flor de Bohemia. Te ofrezco mirra y cinamomo; á tu cuello, moreno como el áloe, ciño sartal de perlas fúlgidas comprado á los mercaderes de Basora; aprisiono tus brazos con ceñidores de azabache, como serpientes negras enroscadas; con púrpura de Tiro, envuelvo tu amplio seno, vaciado, como en copa invertida, en el sonante bronce de los templos nazaritas; riego sobre tus cabellos, polvo de oro de Ofir para que sean la noche con el jaspé de las estrellas tembladoras; y á tus pies tendido sobre pieles olientes, mirando el desierto poblado de espejismos, en tus grandes pupilas llenas de luces vagarosas, te cuento de los amores bereberes, caldeados por los celos; de las caravanas extraviadas, sin la esperanza del oasis; de las raras leyendas de tu viejo país. Y

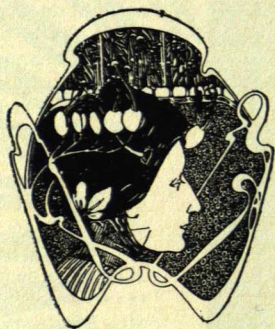
cuando el perfume de los pebetes enrarece el aire, y el opio del *nerguilé*, y la cadencia de los surtidores aduermen tus sentidos, y cae el tendal de tus pestañas, y la sombra domina, levanto mi cabeza ardorosa, cargada de sospechas, y clavo en tu faz mis ojos, temiendo que en ellos se refleje la siniestra visión de otros amores.

* *

Hurí, si hecha estás por la herencia, á la vulgar adoración de los occidentales, mi alma, que repudia los yugos, y odia la fealdad de nuestros días en la expresión de las supremas elaciones, te adora bajo el cielo musulmán, y sueña con tu absoluta posesión en el riente paraíso del amor, ofrecido por el dios de tu pueblo á los observadores de su Ley.

Sayda, mi espíritu, libre y extraño, vuela en las idealidades del Oriente lumíneo; abluciona en la onda de sus recuerdos mágicos, y limpio del roce de la época, se te ofrenda en éxtasis santísimo.

B. VALLENILLA LANZ.



PSICOLOGÍA DOLOROSA

A la memoria
de José Asunción Silva.

Hé aquí las últimas páginas del libro de recuerdos de Pablo Delmar, aquel muchacho delicioso y exquisito poeta, á quien, en una tarde de septiembre, vimos inmóvil y pálido, con los ojos abiertos y una bala en el corazón:

En los momentos de supremo hastío me pregunto: ¿Qué cosa podría alegrarme? ¿Qué acto pudiera hacerme sonreír? ¿Qué fuerza—de las que vibran armoniosamente sobre la faz de la tierra—podría despertar en mi organismo una nueva energía encendiendo una luz de esperanza en el fondo de mi espíritu?

A donde quiera que vuelvo los ojos veo la aridez de las cosas indiferentes, la monotonía del tiempo, el profundo desencanto de la vida. Mis párpados se cierran fatigados y todos mis sentidos se vuelven hostiles á las sensaciones banales.

Siento el vacío á mi alrededor, como si caminara bordeando dos abismos colmados de sombra; y hay en mi corazón una amargura tan honda, que podría dar á quien la comprendiera la idea del infinito en el dolor humano.

A veces tengo lástima de mi alma, víctima de un horrible martirio. Ella fué creada para sentir eternamente la inefable caricia de la belleza; para revolver en una diáfana atmósfera; para ascender por la escala de las virtudes hasta la sagrada cumbre del amor y de la gloria... y no para extinguirse con las alas inmóviles, muda como una esfinge bajo la envoltura del cuerpo miserable!

Como el héroe que después de vencido en el combate pasa revista en su memoria á las huestes desaparecidas, así en mis noches de duelo veo desfilir los espectros de mis ilusiones, en la prolongación indefinida de los días mediocres.

La tristeza llega en ciertas horas á apoderarse de tal modo de mi ánimo, que mis pensamientos se encienden con un fuego trágico y un desprecio por todo lo que existe me invade angustiosamente. En esas terribles crisis me parecerían odiosas las músicas más inten-

sas, y secos y sin alma los versos más profundos.

Ninguna imagen de amor y de hermosura, ningún ritmo por extraño que fuera, podría causarme entonces la más leve impresión. Resbalarían por mi espíritu como una gota de agua sobre una lámina metálica. Pasarían como un sonido errante, como una fugitiva sombra, sin turbar siquiera mi hondo silencio.

Es en esos días crueles cuando asaltan mi cabeza las ideas lúgubres. Me parece que se abren en el jardín de mi vida grandes flores de sangre. Ondulan en mis delirios banderas escarlata; oigo sordos rumores de catástrofes; aspiro el acre aroma de la muerte. Pasan, en veloces corceles, negros fantasmas de exterminio, y se sacian mis pupilas en formidables espectáculos. Entonces me acosan las obsesiones de los puñales relampagueantes, de los desgarramientos de la piel en las luchas feroces. Veo las húmedas bocas de las heridas y el manantial de las impetuosas hemorragias. Y soy yo quien vaga por los campos sangrientos, burlándome de la agonía de mis enemigos, gozando con las escenas en que se escancia á torrentes el licor vital. La intensidad del amargo placer que estos rojos sueños me producen, me vuelve á la realidad. Y al verme de nuevo envuelto en el misero ambiente de la vida banal, echo de menos la llama de infierno en que antes se abrasaba mi pensamiento.

Mi temperamento podría ofrecer un caso de rara psicología. En efecto, nada más múltiple y complicado que mi yo para el profundo observador de los misterios del espíritu. Continuamente me sorprende la extraña variedad de aspectos de los fenómenos inauditos que se suceden en mi mundo interior. Gozo y sufro con una intensidad increíble. Siento y pienso tan hondamente, que la idea y la impresión dejan á veces en mi organismo una huella de fuego, una señal llameante. Un dolor moral puede fulminarme instantáneamente, y un dolor físico—por agudo que fuera—no me arrancaría una queja.

Quizá debido á mi cultura artística, á mi intenso refinamiento en todo lo que se refiere á estética, poseo una sensibilidad sutilísima y un poderoso dón de análisis. Mi pensamiento se hunde á veces en el alma de los demás como un frío puñal. Busco en todas las causas primordiales y remuevo el fondo de todas las cosas. Y el resultado de esta amarga labor, de este trabajo doloroso, es el escepticismo de mi espíritu. Empeñado en buscar la verdad, me he convencido de que la mentira impera en todas partes. Y en la edad risueña en que los demás hombres ven el mundo envuelto en un velo azulado, yo he perdido la fe y la alegría, irremediablemente. Voy por mi senda como un sonámbulo, abrumado bajo el peso de mis desencantos. No creo en nada ni en nadie. Sé que la virtud es un mito y que sólo el mal perdura. Sé que la amistad es una quimera y el amor una ironía. Sé...todo lo que hay que saber para sentir en el alma el vacío y para desear la muerte!

La muerte! No como una visión aterradora, sino como una blanca virgen, se me ha aparecido en mis lúgubres noches. He tendido hacia ella mis brazos y ha huido de mí como una desdeñosa adorada.—La he llamado con las palabras más ardientes, con las súplicas más conmovedoras, y en medio de la sombra he creído verla mirándome con sus inmóviles pupilas, burlándose de mí con su sonrisa enigmática.

¡Oh Purificadora! ¡oh Misteriosa!—he exclamado—como si hablara con ella. Yo no temo tus caricias, ni el beso de tus labios helados. Yo te amo con un amor supremo, porque sé que tus manos escancian el vino del olvido y

que en tu regazo gozaré del sueño que no tiene despertar! Ven, esperanza mía. Que te vea pronto á la cabecera de mi lecho, así como te he imaginado en mis insomnios, bella y dulce criatura de ojos de violeta!

...Mas si no oyes la voz de mi pasión, iré en busca tuya y has de verme llegar á tu país de sombras con el semblante pálido y el pecho ensangrentado!

FROILÁN TURCIOS.

DE "LOS CREPUSCULOS DEL JARDIN"

EL BUQUE

Suena la hora: en traje de oro va la tarde á la ribera.
Sobre el brillo de las ondas una barca va á zarpar.
El oleaje brilla mucho, toda el agua reverbera.
¿Se habrá hundido algún tesoro bajo el vértigo del mar?
—No, que el mar en estos días no tragó ningún tesoro,
Dice el pálido remero que en la barca va á zarpar;
Es la tarde que á las olas arrojó puñados de oro.
¿Ignoráis, bella Señora, lo avariento que es el mar?

*Y mi alma canta: el amor glorioso
dora tus cabellos y tu seno tiene para
mi benevolencias reales.*

*

Suena la hora: en traje rojo va la tarde á la bahía.
Sobre el brillo de las ondas marcha un rápido bajel.
El oleaje está sembrado de sangrienta pedrería
Como un río de rubíes, y el bajel se va con él.
Bajo el palio de los pinos alguien canta un himno extraño.
Veis, Señora? en apariencia nadie gufa ese bajel,
Pero todos aseguran que en Diciembre de cada año,
De aquí parte, sin que sepan qué marinos van en él.

*Y mi alma dice: el amor carnal
echará tus mejillas y tu boca tiene
para mí vinos de púrpura.*

*

Suena la hora: en traje blanco va la tarde á la atalaya.
Sobre el brillo de las ondas vuela un negro bergantín.
El oleaje tiene espumas: sobre el sueño de la playa,
Cula ola, tristemente, deshojando va un jazmín.
En las tristes lontananzas algo pálido agoniza.....
Hacia el lúgubre silencio vuela el negro bergantín.
Ah, Señora! ese suspiro de la mar que el viento riza,
Ha empapado en sus angustias vuestras manos de jazmín!

*Y mi alma piensa: el amor ajado
apaga tu sangre y tu pie tiene para
mi amarguras castas.*

*

Suena la hora: en traje rosa va la tarde al horizonte.
Sobre el brillo de las ondas cruza un buque sin timón.
El oleaje está encrespado; y la mar alta como un monte;
Flotan aves gigantescas en un fondo de ilusión.
En las nubes hay un crimen de oro y sangre, lentamente
Se sumerge en las distancias el navío sin timón.....
Ah! Señora! sábre el brillo zodiacal de vuestra frente,
Ha tendido sus dos alas el gran pájaro Ilusión!

*Y mi alma sueña: el amor perdido
apaga tus ojos y tu pie tiene para mí
abandonos de relicario.*

*

Suena la hora: va la tarde con su traje de violeta,
A evocar junto á las ondas un miraje de Estambul.
Qué llorosa está la tarde, algo sufre, algo la inquieta;
Tiene lágrimas el fondo de su gran mirada azul.
En su traje que apacigua la soberbia de los mares,
Brotan limpias las estrellas de los cielos de Estambul;
Y como una fiel viuda que recuerda sus azahares,
Va extrayéndolas la tarde del lejano abismo azul.....

*Y mi alma llora. El mar está solo.
La nave ha partido. Señora.....
Apoyados en mi pena.*

LEOPOLDO LUGONES.





GUERRA RUSO-JAPONESA: Después del tercer ataque en la batalla de Nair-shan

EN EL TRISTE CREPÚSCULO.....

—

.....Y Juan, el hombre imberbe, alma pura de poeta, dijo, con su voz melodiosa:

—¡Extraño dominio de Véspero! Mira qué trágica decoración luce la tarde.....

Detuviéronse los dos amigos. Largamente resonaba el tono verde en la profunda sinfonía de la tierra. Pasaba por el valle en vibradora catarata, un tesoro de colores, como si en el gran festín tropical, manos de hetairas ocultas derramaran lucientes pétalos en una infinita copa de menta.....Florecían las rosas en las riberas de las nubes: vasto archipiélago de nácar en el mediterráneo celeste.....Levantábanse al oca los catorce chaguaros, como lanzas de guerreros en vivac, clavadas en tierra y sosteniendo los cascos, que daban á la brisa sus plumajes belicosos.....Tras de las colinas de pizarra, grandes moles de cobre pulido, incendiados en invisible fragua, subían lentamente.....Besando los cañaverales el agua se movía, cual un terso tafetán de color morado convencional.....Mórbidamente ondulaba la seda, poblando su lustre de comas plateadas y tañiendo en las guijas del cauce, la vieja copla del agua, en un solo ritmo de letanía...Y el Avila coloso, gran cacique, sacudía de la frente los velos de bruma, soltándolos por sus lomos, que se pacificaban en la melancolía de la tarde. A la izquierda rodaba la avenida, huyendo con sus construcciones y jardines en que goteaba el rojo clamoroso.....

Juan abrió sus ojos serenos sobre el panorama de las cosas, mientras bajo el ala de su sombrero, acariciaba las sienes el pelo obscuro, como recordata crencha de mujer. La suave blandura de su rostro rectificábase en el destello viril de su mirada. El viento prendía una queja de sarcasmo en los colores vivaces.....Y cual una vibración mística, articuló el alma cantora la palabra eterna:

—En la calma de estos minutos el Dolor nos invade cariñosamente y el Mal dice con elocuencia categórica que el imperio es suyo.....

Y bajo la solemne tranquilidad de aquella hora, se revelaron los primeros síntomas de perturbación en el compañero artista, predestinado á la tragedia.....Como el hilo de sangre mana de una arteria rota, su pensamiento desolado vertíase en roja frase pausada.....

Habló:

—El crepúsculo despierta mi alma vencida.....Hacia la tuya juvenil y victoriosa, quiere enviar en confianza el tropel de sus angustias.....Oigo en mí gritos de sedición y la masa de mi pueblo interno, tiranizada por un absolutismo ignoto, pugna por expandirse en la consoladora libertad. Hablas de la tristeza, del dolor.....Conviene hoy en que ellos constituyen el verdadero caudal de la vida, en que no tiene el hombre más patrimonio.....Es cierto.....Tu orgánica alegría malogrará tu sér, si el dolor, potente numen fecundo, no lo remedia.....Cada alma verdaderamente acreedora á la existencia, debe ser una mina con largos veneros de tal oro, que tiene vigores de diamante y múltiples matices.....Todo es dolor.....Sin él no hay vida noble, ni arte.....Es origen, ley, apoteosis.....Piensa y verás.....Vive y sufre.....Cuanto á mí le amo en mi propia existencia y mi existencia es suya.....Ora véolo brillar como la lumbre, ora tender clámide negra sobre la vida, ora blanquear el contorno universal pálidamente, como baño de luna ó indeciso reflejo de piedra tumularia.....

Abriase atónita la mirada de Juan en una ataraxia luminosa, sobre el agua lenta que rimaba los crujidos de una falda femenina bajo el puente sonoro.....Y el hombre pensativo continuó:

—Cambia el pensamiento, vuélvese tor-

nadizo el corazón hacia el reverso de las cosas, después de gastar el pintoresco anverso.....Una secuela de prodigio me trajo á este punto, cima donde me considero extraño y superior á los demás, á mi prójimo, á mi raza.....Desligado de todos los vínculos, soy un ente exótico en la humanidad circunstante. De ésta, ni la fe, ni las ocupaciones, ni las preocupaciones sujetan mi alma, que parece no tener más objetivo que contemplar, recoger, amar ardientemente lo que es belleza.....Suelo indignarme con la ceguera de los otros.....O siento un asombro raro, sorpresa muda que me hiere sin piedad, al ver cómo viven mis conciudadanos del planeta.....¿Qué hacer? No puedo aconsejarles otro método, ni vale la pena, porque sería nuevo sermón perdido en el desierto.....La fuerza de la vida es más poderosa que los reglamentos sociales y los sistemas filosóficos.....Y yo amo la verdad, no el manto embustero.....Lo que llaman el bien está en adaptarse á la cortesía aplanadora y sutilizar la conducta en una apariencia de amor humano, mientras el instinto, como la hoja de una navaja, cumple su fin, cortando satisfactoriamente.....¡Sermones! La bella idealidad de aquel hermosísimo, pronunciado por Jesús en la montaña ¿qué produjo? Cada hombre solicita que los demás se ablanden para que su hierro no se amelle.....Compara con la realidad de la vida, la honda insanía mental que sembró el cristianismo agudo.....Compara con la verdad de la existencia, la cruel observación asesina hecha por el ojo extraviado de Nietzsche.....Las más hermosas ideas valen nada si no tienen un eficaz apoyo práctico, el apoyo del hierro.....El triunfo de Jesucristo data de cuando atrapó el gobierno.....La política de Pablo conquistó el poder y entonces les tocó á ustedes los cristianos purificar de herejes el mundo, como antes les había tocado á los formidables emperadores limpiar de anarquistas judíos la gentilidad, en medio de esplendorosos regocijos.....Bello destino humano, tener siempre una idea, una nueva faz de civilización como pretexto para exterminarse alternativamente!.....Forjan las cabezas teorías y planes de progreso y los corazones destilan voluptuosamente el maravilloso licor del odio, del instinto sanguinario.....¿Qué fuerza la del odio y cómo fecunda todo lo que se ve! ¿No miras en el fondo social, en la civilización, la sangre, la guerra, la serena crueldad emperatriz? ¿Lo que se llama crimen, en el concepto moral, es una arruga del alma? Pues no hay almas lisas.....Parece una necesidad de la sangre propia derramar la ajena.....Tal requería la gloria del latino poder la sensualidad de la púrpura...Yo y otros somos los inadaptados: odiamos la mentira y mientras padecemos la incansante invasión de los instintos, soñamos un ideal imposible...Esa es la faz antihumana del dolor que nos devora...A menudo, ante el espectáculo viviente, me posee una indiferencia fría, como daga bien afilada que entra en carne de imbéciles...Y en definitiva contemplo el mundo redondo con penoso hastio...Mancha los paisajes esa multitud, aunque sea de mujeres bellas....

Y su habla fué de acero con toledanas incrustaciones áuricas, con recamos y donaires de piedras finas, tal como los rimadores tejen decires en que lucen perlas sobre campos de oro. Era su mirada estoque, y en su ademán desbordábase la intención agresiva. Hablaba como un desdefioso, inmutable lord millonario de pendencioso fastidio....

—¡Mujeres bellas! Las he amado...Hondas afecciones devastaron mi alma...El amor en plenitud, el deseo saciado es una tempestad violenta y rápida que conmueve todo el sér...Pero las pragmáticas erróneas encadenaron mi actividad sensual y la cobardía pasó á cuchillo

el jardín de mis pasiones....¡Cuántas flores radiantes por el suelo, llenándose el alma con el perfume de su agonía!...Esos amores fatalizados dejan en el corazón una amargura persistente...No debiera estrangularse ningún deseo...La plenitud del alma humana está en el poema de don Juan...Sean monógamos los mutilados...Y creo que las mujeres que he deseado, ven clara en mis ojos la ansiedad de mi tribulación....Son cobardes también ellas, que no violan las pragmáticas despoticas...¡Oh el rojo amor soberano! Yo he visto abrirse el coral de sitibundas bocas trémulas, sobre la propia fuente del placer, para libar el licor misterioso...He tenido el goce intenso, la poesía de la animalidad, que es el dolor del ideal, el asesinato de la ilusión...¡Pobre y bella ilusión que va por la vida cual vaporosa Ofelia por un campo de batalla!...¡Ofelia! ¡Mujer! Aún ignoro si en el destino humano ella representa un alma ó una forma...Si es un alma ¿puedo yo medir su misterio con el patrón de la mía? ¿Hasta qué latitud ve la mujer el horizonte? ¿Será razonable el concepto de lo que actualmente llaman civilización? ¿No lo será más el de los pueblos orientales, viejos maestros taciturnos? Tu alma no puede responderme aún...En ti, el sentimiento dibuja una aureola sobre el contorno...En mí, el contorno se destaca neto y arrogante sobre el gris del sentimiento...Por lo demás, conozco de la mujer la vanidad somera y la forma turbadora; y mientras desdeño la una, amo la otra con amor definitivo y único...Tal mi visión...Sea la mujer estatua viva, maravilloso mármol, ánfora pompeyana, pletórica de perfumes fuertes, venenosos y profundos: tenga la abnegación del amor y la potencia de despertarlo y resistirlo hasta el deleite supremo; el sacrificio. La naturaleza cria brutalmente la hembra, y el hombre, indiferente á la reproducción trascendental, la embellece para las sensaciones de la plástica, para que su forma vibre el placer, como la estrella rayos de luz...Es delito incapacitar la mujer para esa función de belleza...Mucho dijeron los moralistas sobre el asunto...Los hombres escuchanles pensativos y continúan viviendo como el instinto manda; cuidando de no romper la capa.....La sangre femenina es un misterioso néctar, destinado á los sedientos de esa ebriedad.....Forma bella y vibración eléctrica, ¿qué más? La misma civilización enseña que el mundo no merece perdurar...Y te juro por Mahoma, que la mujer no fué creada sino para el harem mas ó menos libre!...La historia y la literatura universales lo comprueban.....

En los ojos límpidos de Juan pintábase el vértigo angustioso, el mudo terror de la contemplación de un abismo...Y siguió el alma sombría.

—Raras veces canta el viento; casi siempre muge...Corren tormentas por los derroteros humanos...En la peregrinación mueven riña las piedras de la ruta...El cielo no es azul...Chasquea el rayo sobre el hombre su látigo fulminador...En el fondo la vida es perversa...¿Será mejor morir? ¡Morir! Y arranca lágrimas la muerte...Odio las lágrimas; son expresión del egoísmo débil y no del fuerte egoísmo. La orquesta de los sollozos me parece ultrajante para el legítimo decoro humano y me produce desgarramientos nerviosos, desesperación colérica...Cuando hemos muerto, ¿serán una injuria las lágrimas sobre nuestro cadáver? ¿O serán lágrimas humanas, dulces en la muerte? ¡Qué curiosidad, ésta de la tumba! Debe ser, sin duda, equitativo redimirse del invierno moral en el solitario y mudo frío de la sombra...Pero ¿será la sombra? Palpita esa desesperada interrogación en el fondo del alma moderna, que ha trashedado por las filosofías y está en pie con gesto desolador en presencia



EL ZAR JOAN EL TERRIBLE ACECHA EL SUEÑO DE SU ESPOSA. — Cuadro de Gr. S. Sedow

del pesimismo floreciente. . . . Empero, acariciamos el ideal y carecemos del músculo. . . . A mí me falta el nervio autónomo de la eliminación. . . . ¿Será que aún me brinda flores el mundo? Las siembro, las cultivo amorosamente, las disfruto en su explosión de belleza y perfume. . . . Luego es también un refinado gozo ver convertirse en nada las perlas de rocío, en sangre la púrpura de los pétalos, el rubí de los pistilos. . . . Pero siempre debe ser mejor morir. . . . Deploro mi orfandad de músculo. . . . No conozco la simetría moral. . . . Y creo que tal estado en mis ideas, tal situación de alma, me trastornaría haciéndome perecer como en un témpano de hielo. Me haría morir como quien se ahoga en una agua muerta, sin vegetación, sin nelumbos, sin viento que la rice. Y á veces mi alma es ella misma una agua muerta, un trágico tornasol insondable, algo como un gran pozo opalino en cuyo seno inmóvil se complicara la noche. Ni una ráfaga viene del cielo, ni una flor alegra la orilla y en la entraña de la quietud, estíranse verdes cintas onduladas, como ojos de pantera que perdiesen la forma y se alargaran indefinidamente en maravillosas espiras amenazantes. . . . De pronto surgen agitaciones enigmáticas del fondo inexplorado. Como una tempestad silenciosa agita el agua muerta. Fosforecen las glaucas ondas felinas y una luz de arcano llena la sombra en primavera espectral. Creo que es entonces cuando los demás tienen un sol en el cerebro y como una caja de música el corazón. . . . La mayor inteligencia sería romper allí mismo los lazos estúpidos y los hermosos lazos de la vida. . . . ¡Oh la encantada muerte generosa!

¿Qué sería la vida sin ella? Y ¿cómo sería hermoso un vínculo si no fuera frágil ó si no lo quebrara la muerte con su poderosa mano de seda? Ella es el hierro conque las almas de vigor doman la vida. . . . Sí; la inteligencia sería descender en la hora feliz las gradas de mármol, cubiertas de rosas y mirtos, de claveles y aromas; bajar envuelto en una escarlata refulgente del palacio de la vida soñadora, á tu agua profunda, ¡oh Venecia melancólica, cuyos dormidos canales azules pueblan góndolas llenas de música y misterio! . . . ¡Pobre amigo! Tiembas ante la gran oposición que hay entre tu dulce ternura normal y las sombrías reflexiones del espejo de mi espíritu. . . . Es natural: el crecimiento armónico de tu sér es dichoso en la aspiración á la plenitud. . . . Yo tengo ya vibraciones morbosas en mis nervios gastados, complejos á la vez con reactivos que el uso de la vida te hará conocer; y en el juego de mis sensaciones alternan los impulsos dolorosos, violentos ó crueles, como se suceden en el cuerpo de la fiera la ondulación armoniosa y el salto duro y fulminante, el terciopelo de la mano en paz y la abierta zarpa destrozadora que se tñe de sangre propia. . . . ¿Cual mayor ventura que resolver el problema de la vida en la voluptuosidad de la muerte? Ante el porvenir siento correr por mí mismo, como el agua tibia de la pereza. . . . Es la indolencia secular de la raza, que sólo pide placer y muerte. . . . Nosotros morimos lentamente arrastrándonos como reptiles enfermos sobre la deslumbrante naturaleza feroz. . . . Los ímpetus epilépticos no son una reacción, sino sacudimientos impulsivos subconscientes, que nos postran y desengañan. . . .

¡Pobres almas! En este intenso bochorno estival una sutil gasa azulada, se tiende por el aire y sobre las cosas. Es la respiración del abismo silencioso. . . . Y nuestras almas toman una actitud parecida á la de las aves bajo la lluvia: las alas recogidas, compactas, el cuerpo en posición propicia al deslizamiento del agua. Así recogen su entusiasmo de plumas brillantes y se entumescen esperando que pasen las penas. Pero sobre las aves caen gotas, hilos blancos de agua suave; sobre las almas, raudas saetas rojas, que se clavan y comunican su veneno. . . . ¿Cómo mantener las plumas en su bello color nativo y en la integridad de su elegante seda vistosa? . . .

Por el aire tranquilo cruzaba un pájaro veloz como dardo de tinta. . . . Otro se abatió raudamente sobre el agua, plegándola en una multiplicación de signos plateados. . . . Por el camino avanzaban, marcando un ritmo extraño, burros cargados de *chamiza*. . . . Parecían sacerdotes nigrománticos de una religión culpable, paramentados para el oficio solemne de la noche. . . . Y en la soledad del camino avanzaban, con un movimiento macabro, levitas dominadores del misterio, envueltos en una nube de polvo, como incienso de turibulos puestos á su paso en la vía pontifical. . . . Y con voz lúgubre continuaba el espíritu doliente:

—Hubo antaño maestros del crimen, finas almas aceras, que tuvieron el arte y la voluptuosidad de la agresión y de la sangre. . . . El suicidio fué una variedad de ese goce y hoy es quizás una degeneración del mismo. . . . Placer orgulloso y supremo, perdido en la monotonía democrática, y para el cual no se nece-

sita el concurso de nadie... El matador requiere la víctima... El suicida tiene la soberbia de ser su propia víctima y su propio victimario... Realiza el placer y el destino en el orgullo de la soledad, en la noble aristocracia de un silencioso aislamiento...; Oh el músculo preciado! . . .

Y lentamente caminaron de regreso, meditando... La calle abría su estrecha ruta entre las pobres candelas del gas, que se alejaban en filas desiguales y tortuosas. Brillaba un farol de anuncio, ofreciendo al transeúnte sus faces pintadas de oscuro rubí y clara esmeralda... En el plano inclinado de la perspectiva general, alumbraban focos eléctricos, destacando en la sombra fachadas y cúpulas... De pronto, sintióse Juan tranquilo, llenael alma de un consuelo inefable, de una clara luz benéfica, muy distinta al crepúsculo de tonos violentos en que veía anegado el espíritu de su amigo... Respiró, profundamente alegre de no padecer aquella enfermedad siniestra, de no tener en su panorama interno aquellos hirientes colores trágicos y matices misteriosos... Y en un movimiento instintivo de pecho que busca aire, levantó los ojos al vasto espectáculo de la ciudad que se envolvía en la noche, al espacio inapreciable y maravilloso que media entre la altura donde principian á encenderse las estrellas y el suelo que se amortaja dolorosamente en la sombra... Junto á él caminaba taciturno el artista predestinado á la tragedia, con los ojos fijos hacia la tierra, como si esperara caer en una fosa, cavada de improviso en el pavimento, bajo sus pies... .

JOSÉ AUSTRIA.

TARDE DE OTOÑO

á María Toledo.

En hora buena al corazón viniste del bosque solitario. Van sin cuenta los hojas arrastradas por el viento, galas de que la selva se desviste.

A la agonía de la luz asiste un crepúsculo raro y macilento; mas tu presencia aquí, me da contento, me ensancha el alma, aunque el otoño estriste.

Tú eres la Juventud: la que convida á la dicha, al amor; tus dones vierte en la oquedad del bosque ensombrecida.

Naturaleza gime, el alma es fuerte: entonemos el canto de la vida donde hay silencio y postración de muerte.

U. A. PÉREZ.

Maracaibo—1904.

DEL RECUERDO

«La pelea fue allá», dijo el labriego, y señaló hacia el bosque; «junto al río, allá... á lo lejos se veía el plantío, y mi ranchito en el tablón de riego.

Pelearon desde el sol, no hubo sosiego; y pelearon con rabia... que aun da frío... ahora... yo no sé del hijo mío que se llevaron al romperse el fuego...»

El alba, tristemente descendía con fulgores de cirio á los oscuros senos del bosque; y á su luz veía,

tembloroso el labriego y demudado, la silente invasión de los zamuros al campo de batalla abandonado.

B. VALLENILLA LANZ.

1904.

DE MI CARTERA

(LIBRO INÉDITO)

CORRECCIÓN

La partícula *que*

Ciñéndonos á las condiciones de este libro, nos vemos precisados á vencer el deseo de estudiar circunstanciadamente el monosílabo *que* en sus diferentes valores gramaticales, y á detener nuestras observaciones—después de ligero examen,—en los vicios más notables que, en la materia, perjudican la corrección y la pureza castellanas de la literatura nacional. Estos vicios son tres: la *elipsis*, el *uso galicano*, y la *sustitución anfibológica*. Podrán ser más en el habla chabacana de la multitud indocta; pero los tres apuntados son los que predominan en el uso culto; y es este uso el que necesita examen, castigo y depuración.

La partícula *que*, puede ser:

Pronombre relativo: «El hombre *que* estudia»; «Las damas *que* bailan»;

Conjunción copulativa equivalente á *y*: «En las Santas Escrituras se debe buscar la verdad, *que* no la elocuencia»;

Conjunción causal: «Si te alabas serás despreciado; *que* la alabanza propia envilece»;

Conjunción disyuntiva: «*Que* te odien, *que* te amen, *que* te vituperen, *que* te ensalcen; el mundo es incapaz de agregar una línea á tu estatura moral: lo *que* eres, eso eres».

Conjunción comparativa: «Más fácil cosa es callar siempre *que* hablar sin errar».

Adverbio: «¿*Qué* aprovecha la ciencia sin el temor de Dios?» etc., etc.

Y puede ser también *partícula anunciativa* cuando sirve para anunciar una proposición, y tiene el valor del demostrativo *esto*, v. gr.: «Pedro dice *que* vendrá mañana». (Pedro dice *esto*.)

Este *que* anunciativo, admirablemente estudiado por nuestro incomparable maestro don Andrés Bello, les ha calentado el seso á no pocos gramáticos, entre los cuales se cuenta la Real Academia Española. Tales gramáticos quieren que el dicho anunciativo sea *conjunción copulativa*, incurriendo así en un estúpido error de facilísima demostración.

Conjunción es una partícula que sirve para expresar la relación que hay entre dos ó mas palabras, dos ó más frases, dos ó más proposiciones, etc; pero este solo carácter no nos sería suficiente para distinguirla de otras partes de la oración que desempeñan el mismo oficio. Los adjetivos relativos, los adverbios relativos, las preposiciones, sirven también para enlazar dos ó más partes del discurso. La conjunción enlaza dos simples nombres: «Pedro y Juan»; pero la preposición liga también dos nombres: «Flores de pascua». La conjunción enlaza dos proposiciones, esto es, dos verbos. «Escribe bien y lee mejor»; pero los adjetivos relativos y muchos adverbios hacen lo mismo: «No sé *cuyos* son esos libros»; «Se lo diré *cuando* venga»; «Pedro hizo *cuanto* pudo»; «Olvidó *cuáles* fueron las causas»; «Ignoro *dónde* está el papel»; «Se retiró *sin* despedirse de nadie»; «La Academia fue *quien* habló del arquitrabe», etc., etc., y no por *que* las voces *cuyos*, *cuando*, *cuanto*,

cuáles, *dónde*, *sin*, *quien*, enlacen proposiciones, hemos de considerarlas como conjunciones. En este mismo caso se encuentra el anunciativo *que*. Tales voces enlazan, pero hay un *pero*:

No se detuvo la Academia á examinar la diferencia notabilísima que existe entre el enlace efectuado por la verdadera conjunción, y el producido por otras partículas, por los pronombres relativos y por el *que* anunciativo. El primero es un simple enlace que jamás modifica los elementos enlazados ni los hace depender unos de otros; mientras que los pronombres relativos, los adverbios relativos, las preposiciones y el *que* anunciativo, ligan modificando y estableciendo dependencia, y es precisamente por esta circunstancia por lo que no se les puede llamar conjunciones.

—«Pedro y Juan»—«Escribe bien y lee mejor». En tales expresiones enlazadas por la copulativa *y*, ni Juan depende de Pedro, caso en el cual habría perdido su carácter de *nominativo*, ni el *leer mejor* modifica en lo más mínimo al *escribir bien*. Hé ahí el oficio característico de la verdadera conjunción: ligar elementos independientes SIN MODIFICAR EL SIGNIFICADO DE LAS DICCIONES NI CONTRIBUIR PARA FIJARLO, como enseñan Bello y Salvá y como la Academia ha debido estudiarlo antes de escribir su *Gramática*.

—«Me dijo *que* vendría»—«Creo *que* está enfermo». La proposición *que vendría*, depende inmediatamente de *me dijo*; es un complemento acusativo que modifica al verbo *dijo*, de tal modo que separadas ó desligadas las dos proposiciones, ó no significarían nada por sí mismas, ó tendrían muy distinto sentido. Cosa semejante ocurre en el segundo ejemplo, en que el verbo *creo*, está notablemente modificado, limitado por el complemento *que está enfermo*; y lo mismo ocurrirá con cuantos ejemplos se construyan con el anunciativo *que*. ¿Sucede esto con la conjunción copulativa? ¿Qué es conjunción, entonces?

Ante verdades tan incontestables hemos de tomar uno de estos dos caminos: ó convenimos con Bello en que el discutido *que* es *partícula anunciativa* porque anuncia una proposición DEPENDIENTE de otra anterior, ó reformamos profundamente la *Gramática General* diciendo que la conjunción sirve para enlazar, *modificar* los elementos enlazados y establecer *dependencia* entre ellos, tal como lo hacen otras partes de la oración, que por esta absurda reforma pasan á ser conjunciones. Escoja el lector, si es que la *sindéresis* le da tiempo para vacilar.

Nosotros, sin la menor vacilación rechazamos la disparatada doctrina académica y deploramos sus consecuencias, tanto más funestas, cuanto que muchas inteligencias ingenuamente ofuscadas por el prestigio de una falsa autoridad, creen que aun siendo la Academia un reloj descompuesto, las horas de comer y las de dormir son las que ella diga, por más que el sol atestigüe lo contrario. Nosotros preferimos el sol.

Creo del todo innecesarias las reglas que muchos gramáticos han sentido para distinguir el *que* relativo del *que* anunciativo; pues para hacer esta distinción lo mejor es conocerlos. Nadie podrá confundirlos si tiene



NEGRO SALE Y GANA. — Por Harry Roseland

bien presente que el *que* relativo se refiere siempre á un nombre, ó como bien dice la Academia, *no es sino el mismo nombre en otra forma*. Si se pone antes, equivale á *cual*, v. gr. «¿Qué libro quiere usted?» y colocado después vale lo mismo que *el cual*, *la cual*, *lo cual*, *los cuales* ó *las cuales*, v. gr.: «Este es el libro *que* necesitas;» aunque para el empleo correcto de *el cual* por *que* y viceversa, existen reglas cuyo estudio corresponde á otro lugar. El *que* relativo puede llevar envuelto el nombre á que se refiere, y en este caso se hace sustantivo neutro equivalente á *qué cosa* ó *qué cosas*. v. gr.: «¿Qué ocurrió en la ciudad?» esto es: «¿Qué cosa ocurrió?» ó «¿Cuál es la cosa ocurrida?»

El *que* anunciativo se refiere siempre á un verbo y lo enlaza con otro, como en el siguiente ejemplo: «Pedro dice *que* vendrá mañana.»

Ese *que* no se refiere á Pedro sino al verbo *dice* y lo enlaza con *vendrá*.

Estas reglas claras, precisas, incontrovertibles, fueron pésimamente entendidas por algunos y mal explicadas por la Academia Española. Se dijo que el pronombre relativo equivalente á *el cual*, *la cual*, etc., va siempre después de un nombre al cual se refiere; ¡y ellos

concibieron la enormidad de suponer que siempre que la partícula *que* va inmediatamente después de un nombre, es relativo! Se dijo también que el *que* anunciativo enlaza dos verbos; ¡y ellos entendieron que cada vez que la partícula *que* se halla situada materialmente en medio de dos verbos, es anunciativo, ó conjunción, como dicen ellos!... Les bastaba, sin embargo, tener presente la libertad de construcción para no caer en tales extravagancias. En el ejemplo dado arriba: «Pedro dice *que* vendrá mañana,» el *que* es anunciativo, no por hallarse materialmente situado entre los verbos *dice* y *vendrá*, sino porque los enlaza; pues si alteramos el orden de las palabras, no cambia su significación: «Dice Pedro *que* mañana vendrá.» El *que*, colocado ahora en medio de dos nombres sustantivos, sigue siendo partícula anunciativa porque enlaza dos verbos.

«Riquezas, poder, honores, sueños *son que atormentan* al hombre.»

El *que* está colocado en medio de dos verbos, *son* y *atormentan*, pero no por eso es anunciativo sino pronombre relativo, pues se refiere á *sueños* y equivale á *los cuales*.

Contra tan erróneas interpretaciones se va muy lleno de razón *El castellano en*

Venezuela y las declara empíricas; pero es de lamentarse que su réplica lastime la verdadera regla. Dice:

«No pocos gramáticos establecen que la partícula *que* es pronombre relativo cuando va detrás de un sustantivo al cual se refiere. Tal regla es empírica. En el siguiente ejemplo:

«Después de esto propuso César *que* se recibiese una virgen en lugar de Occia.» *Coloma*.

¿Qué es el *que* señalado? Según la regla de los indicados gramáticos es relativo porque va detrás del sustantivo César y *aun parece que á él se refiere*.—Págs. 71 y 72.

Como se ve, el argumento es inaceptable, pues la regla no dice que el susodicho *que* es relativo cuando *parece referirse á un nombre*, sino cuando efectivamente se refiere á un sustantivo. Aparte de que en ese ejemplo de Coloma, se ve muy claramente que el *que* se refiere al verbo *propuso* y lo enlaza con *se recibiese*. Ese *que* es, pues, un verdadero anunciativo á los ojos de todo el mundo.

Para distinguir el *que* pronombre, del *que* anunciativo, *El Castellano en Venezuela* nos da la siguiente regla:

«Cuanto á si el *que* es relativo ó es conjunción —(léase anunciativo)—en este ó en aquel caso,

debe sentarse, para no dificultar el estudio de la gramática, una regla sencilla; y es que es relativo cuando tiene el sentido de *el cual*, la cual, los cuales, las cuales, aunque sustituido por estos no resultare enteramente correcta la oración; y conjunción cuando tiene el oficio de enlazar pensamientos.»—Pág. 71.

El plausible deseo de simplificar hizo tan incompleta la regla copiada, que no podría, sin notable reforma, llenar el objeto con que fue escrita. En primer lugar excluye el *que* relativo, sustantivo neutro equivalente á *qué cosa*, *qué cosas*. «¿En qué estriban nuestras esperanzas?» Ese *qué* no sería pronombre relativo según la regla en cuestión, porque no equivale á *la cual* ni á *el cual*, ni á *los cuales* ni á *las cuales*. Lo mismo ocurriría con el *que* equivalente á *lo cual*, (neutro), y con el *que* solo significa *cuál* (sin artículo). Y, por último, la circunstancia de que el anunciativo (llamado conjunción) *enlaza pensamientos*, no puede servirnos para distinguirlo del pronombre relativo, puesto que éste tiene por oficio especial el de *enlazar pensamientos*.

«Esta es la historia incomparable que debes estudiar.»

Esta es la historia incomparable, es un pensamiento; *debes estudiar*, es otro; el *que*, adjetivo relativo que se refiere á *historia*, los enlaza: luego la regla no es exacta.

«Llámanse *relativos* los demostrativos que reproducen un concepto anterior, y *sirren especialmente para enlazar una proposición con otra*.»—ANDRÉS BELLO. *Gramática*.

Hasta aquí podemos extendernos en el estudio de los diferentes valores gramaticales de la partícula *que*. Nuestro objeto capital ha sido demostrar el error sustentado por la Academia Española, de llamar conjunción al anunciativo *que*; error que ocasiona nuevas confusiones en la lógica clasificación de las palabras, ya insosteniblemente pervertida por los pedagogos de todas partes. Uno de estos ha llegado á hablarnos con mucha seriedad de la *conjunción* no!

Dijimos que la elipsis, el uso galicano y la sustitución anfibológica son los tres vicios más notables que perjudican la corrección y la pureza castellana de la literatura nacional, tratándose de la partícula *que*. Los dos primeros han sido constantemente combatidos con éxito varío; y no sé si alguien ha dicho algo acerca del último. Vamos á estudiarlos uno á uno.

P. FORTOULT HURTADO.

CONSTELACIONES

Madona florentina
que de tu hechizo forjan la cadena
la magia de tu risa cristalina
y tus evocaciones de sirena;
florentina madona,
más que tu hechizo vence y eslabona
tu profunda mirada que ilumina,
que ora fuljan risueños,
ora simulen trágicos enojos,
prenden constelaciones los ensueños
en el cielo toscano de tus ojos.

FEDERICO UHRBACH.

LO QUE SE DERRUMBA



ANGULOSO y macizo, haciendo esquina, bajo de techo, de tendido alero; con sus grandes ventanas y gruesos balaústres: nido de aguilucho conquistador, tal era el caserón de los Casatorres. Obra de cal y canto; firme sobre sus cimientos al igual del primer día, cuando su trabazón de piedra y argamaza levantó su mole dominadora, gracias á su situación, sobre todos los casuchos y rancherías que se desparramaban en la parte baja de la ciudad, hacia donde corría el Caroatá, entre espesas cejas de montes, tartagales, cujies y jabillos, hasta perderse en los trigales del Guaire, que por aquel entonces daban su pan á la ciudad naciente. Caserón de espaciosos patios, con corridos corredores de arcadas; casa convencional, triste y fría, si se la mira desde estos días de la democracia, de las obras ligeras y frágiles, y de los frontones ideales.

Allí, en los años crueles y achacosos de la senectud, casi aislado, vivía don Juan Manuel Casatorre con sus nietos Mauricio y Lina y dos criadas viejas, manumisas. Transcurrían para el anciano siempre iguales los días, y aun cuando éranse aquéllos los de mil ochocientos setenta y cinco, época de renovación y de exaltadas pasiones, él, como que si éstas no llamaran á su puerta, continuaba aferrado á las costumbres, á los hábitos de los comienzos del siglo. Hacia para diez años que se mantenía retirado de la vida activa, llevando á la práctica uno de sus más caros deseos: vivir con sus nietos en paz y en calma, comiéndose tranquilamente un pan conquistado sin perjuicio de tercero, ni detrimento de su honra.

Y don Juan Manuel era feliz en su caserón triste y frío; porque Lina, su hermosa niña, crecida entre las dos criadas viejas, en la sencillez y en la ignorancia de las cosas mundanas, con sus caricias y cuidados le daba á su alma el poquillo de calor suficiente á mantenerla siempre contenta y risueña. Seguía el anciano por todas partes á la niña; en su compañía pasaba las horas largas y monótonas de sus muchos años. Tan apegado se hallaba á ella que, cuando la echaba menos, afanoso salía en su busca, recorriendo una tras otra aquellas habitaciones muchos años hacía deshabitadas, húmedas, cuajadas de telarañas, olientes á moho y llenas de trastos viejos, despojos de gustos y costumbres olvidadas; y al dar con ella tras su penosa excursión por las habitaciones sombrías de sus mayores, el desasosiego del buen señor trocábase en regocijo.

Vivía, pues, don Juan Manuel dulcemente encadenado á la vida por el amor de su nietezuela, joven de diez y ocho años, pájaro casi selvático.

Cuanto más indiferente se le iba haciendo el mundo á don Juan Manuel más se apegaba á la nieta. Ella le comprendía; le adivinaba, tenía para él desvelos de madre mimosa. A su lado, el abuelo sentíase rejuvenecer; hallaba á ratos como si fuese nuevo todo lo que le rodeaba, con matices y colores antes vistos y sentidos, y era que estando su alma alegre,

al través de ese prisma maravilloso veía la vida. Rebosábale la dicha, pensaba en Lina, y como la quería mucho, mucho, hacia por comunicársela, y entonces, tijera en mano, iba por flores para ella al espacioso patio principal, en donde se disputaban el sol, con vigor de selva, alargando sus ramas, retorciéndose, rosas de Alejandria, rosas Páez, un jazmín de la India siempre en flor, y se empinaba ufana una astromelia corpulenta, en tanto que un guayabito arrayán esponjaba su espeso ramaje, harto de sol, sobre zarzamoras, ortigas, juan de la calle y espuela de galán, yerbas humildes que aumentaban el aspecto agreste de aquel jardín abandonado, y donde el anciano, tijera en mano, hacia destrozos por obsequiar á la nieta en los hermosos días en los cuales estaban para él de fiesta el aire y la luz.

Si Lina era su orgullo, su dicha, el premio de sus desvelos, Mauricio le mantenía descontento: era su pesadilla! Tanto le había hecho sufrir que ya le había dejado de su cuenta. Vivía con ellos como un extraño, ignorándose cuando llegaba de la calle ó se echaba afuera, pues don Juan Manuel para evitarse disgustos llegó á consentir en que se abriese un postigo en la puerta de la casa. Una vez que otra se sentaba á la mesa en familia, pues siempre andaba trasnochado, á no ser que necesitase algún dinero, que entonces, rondando á su hermana, importunándola, hostigándola, se valía de las influencias de ella con el abuelo para arrancar al anciano los escasos ahorros de su previsión. Más, para que esta vida que rompía el orden y la paz del hogar hubiese llegado á abrir tan ancha brecha en las patriarcales costumbres de la casa, cuántos sinsabores para Lina!, cuántas noches pasadas en vela por don Juan Manuel!, cuánto tronar aquel caserón vacío á las voces de protesta del severo patriarca! Así había conseguido la libertad Mauricio, palmo á palmo, contra la voluntad del abuelo, asido á sus añejas, sanas y vigorosas costumbres.

Cuando don Juan Manuel pensaba en las calaveradas de Mauricio, se le hacía un puño el corazón, le invadía la tristeza; con gusto se veía viejo, cansado y cercana la hora de la muerte, la cual le libertaría de verse deshonrado; porque aquella mala cabeza no podía tener buen fin. De esas sombrías preocupaciones con frecuencia lo arrancaba Lina, dándole un beso en la frente, y diciéndole: «Papá Juan; no se ponga así, con esa cara de amargura»... Y don Juan, á los besitos de la nieta se iba recobrando hasta llegar á poco á entrever sus mismas penas con un tinte color de rosa... ¿No estaba allí Lina?

Una mañana en la cual don Juan Manuel había salido de entre las manos de Lina, amorosamente peinados los ensortijados cabellos albos como copos de algodón, hechos un espejo el calzón y la chaqueta de dril blanco, olientes á mejoranas y romeros; sonrosadas las mejillas, llenos de bondad los ojos azules, de un azul que apagaban los años. Mauricio, quien hacía algún tiempo velaba la ocasión de hablarle á solas, se le fué al encuentro cuando paseaba por los corredores en espera de que la vieja criada quitara el polvo de las habitaciones, y con mucho desparrajo le dijo:

—Papá Juan: quiero que me dé mi parte....



EL MÉDICO DE LA CASA. — Por Harry Roseland

—Tu parte.....tu parte.....¿qué me quieres decir?

—Que me dé lo mío; que dividamos la casa para yo vender lo que me corresponde.

—Lo que te corresponde... lo que te corresponde—repetía el anciano prosiguiendo su paseo, y Mauricio seguía sus pasos como un acólito, apesándole, echándole encima su aliento alcoholizado, murmurando entre dientes: «dividamos la casa, dividamos la casa».

Don Juan Manuel daba vueltas y más vueltas por los corredores, y el nieto ya con voz enronquecida, mascujaba su asediante cantinela. Mas, de pronto se volvió el anciano, crispadas las manos, iluminado el rostro por la llama del rencor, desdeñoso el gesto, altivo y fiero, tal como había sido el hombre antes que los años le acogotasen, cuando la savia de todos sus antepasados, hombres fuertes y luchadores, le nutría, y transformando la voz cascada, plañidera, en otra altisonante y enérgica, le gritó:

—Mauricio! Mauricio! Eres un villano! Bajo este techo nada es tuyo. La casa, la casa es mía, ¿lo entiendes?.... Y le mostraba sus anchas manos de escavador de tierras, en tanto que el nieto retrocedía como si aún no hubiese abandonado del todo a su alma deformada por el vicio algo de aquel temor y reverencia que le inspiraba cuando niño. Retrocedía, mas no por eso cesaba de mascujar entre dientes: «dividamos, dividamos la casa,»

y don Juan Manuel, iracundo, seguía de cerca levantado el puño.

A las descompasadas voces, acudió Lina en socorro del abuelo como una tigre en defensa de su cachorro. Con ademán resuelto obligó al hermano a refugiarse en los destartallados altos del caserón donde tenía su nido, y echando luego los brazos al cuello del anciano, le acariciaba murmurándole al oído frases consoladoras: «Papá Juan»—le decía—«no le hagas caso; es un loco! ¿No me tienes a mí que te quiero tanto?» Y el anciano, a la musiquilla de su voz, a sus halagos y zalamerías, se fué dejando llevar hasta sentarse al lado de ella, en el solar, huerta en los días coloniales, y que por todo verdor conservaba una higuera enteca y añosa y una frondosa parcha granadilla, bajo la cual, con sus menesteres de costura, solía Lina pasar horas enteras surciendo las medias y echando piezas nuevas a las cotonas del abuelo.

Allí, en aquel paño de tierra, cerrado por altas tapias, con su desierta caballeriza, su puerta de campo en el fondo asegurada por gruesa tranca, bajo la parcha frondosa, sin prestar oídos a la joven, la cual con su locuacidad, hacía por distraerle, por ahuyentar su encono, don Juan Manuel, ajeno a cuanto le rodeaba, hirviéndole el rencor dentro el pecho, meditaba sobre la petición de Mauricio...

—Vender la casa—pensaba—la cuna de los Casatorres... Su casa; la casa de Lina (porque aquella era para Lina); él la

había readquirido en el trabajo, arrancándola de la garra de la usura, cuando se escapaba la finca de las manos de la familia; y engolfándose en sus pensamientos, comparaba su pasado con el presente de Mauricio, retornaba a su infancia, a los borrascosos días en los cuales su padre militaba en las filas de los patriotas, y la familia hambrienta, desnuda, mendigaba en los poblachones desiertos, temiendo a cada instante ser detenida por las partidas realistas y fusilada de espaldas a cualquier matorral... Qué de trabajos! pero, en el fondo de todos ellos había algo dulce, tierno, santo: las caricias y consejos de su padre, cuando teniéndole a horcajadas sobre sus rodillas, le decía: «pórtate bien, hijo, y no olvides jamás que eres un Casatorre», como si con ello quisiera decirle: «sé honrado, sé valiente, sé trabajador, como han sido todos los de la familia, como somos tus padres»....

Y don Juan Manuel, en la evocación de aquellas gratas reminiscencias, iba arriando sin darse cuenta su butaca a la de Lina, como que si en la niña encontrase algo de aquel delicioso calorillo paternal en que le envolvían sus recuerdos.

De eslabón en eslabón, el anciano iba recorriendo la larga cadena de sus años, con tales detalles que, ora le hacían sonreír, ora volverse a Lina con semblante compungido y ojos suplicantes.

Cuántas cosas pasaban por su imagina-

ción, en tropel, como bandada de aves que alzasen el vuelo hacia un horizonte remoto.... Ahora se encontraba en la adolescencia á la cabeza de la familia; retrovenida la casa para atender á la hacienda, hecha ya una montaña; trabajando sin descanso, tenazmente, bajo el sol, bajo la lluvia, por ver de sacar de la ruina á los suyos; y cuando después de años sucesivos de incesantes fatigas y privaciones, encallecidas las manos, ennegrecido el rostro, creía hallarse á flote, inesperadamente, en la soledad de los montes, otra vez la ruina, la miseria se entraba á la casa, como que si sobre los Casatorres pesase una maldición y sólo hubiera para ellos nada más que penalidades y trabajos. Sin embargo, en el fondo de su conciencia, no dejaba de comprender que el golpe que le arruinaba era justo, y se veía de nuevo, á la hora, en el momento mismo, en el cual con sus propias manos, daba el toque de reunión en la vieja campana que por más de trescientos años había anunciado á la gente esclava la presencia del «amo», la recompensa ó el castigo, las horas de fagina ó de descanso, para comunicarles la buena nueva, la de la libertad, que á ellos devolvía la dignidad y á él le arrasaba á la indigencia.

En ese mismo día en que muchos amos, que no habían podido deshacerse de sus negros vendiéndolos en las Antillas, vociferaban contra la ley y la República, él, don Juan Manuel Casatorre, sin mezquindades ni resentimientos, la anunció á los suyos, congregándolos en el inmenso patio donde á diario se juntaban á la hora de la revista ó donde en los días festivos se entregaban á sus fiestas y jolgorios. Allí, grave y sereno les había dicho:

—Hijos! La ley manda poneros en libertad: de hoy en lo adelante cada quien es dueño y señor de sí mismo. Los que quieran quedarse conmigo ganarán un jornal como braceros, los que no, podrán ir á donde mejor les cuadre.

Y de aquella masa humana, en vez de un «viva la libertad», se escapó un «ay!...» de congoja que le preñó los ojos de lágrimas. Los negros le rodeaban, se prosternaban á sus pies, se abrazaban á sus rodillas, y gimoteando le decían:

—Su Merced, su Merced! ¿qué va á ser de nosotros? Déjenos; seremos buenos. ¿Quién cuidará de nosotros? ¿A dónde iremos?... Lloraban, gemían, le besaban las manos, los pies, y él les tendía los brazos. Los más viejos, como locos, se tiraban de las greñas, se revolcaban en el suelo, y le gritaban:

—Mi amito! mi amito! No nos dejes, llévanos contigo; somos tuyos! E invocaban el nombre del antiguo amo, de su buen padre, mientras que él, oprimido el corazón, les contestaba:

—Bueno, bueno; pero acordáos: sois libres!... Instante terrible, no tanto porque le arrancaban el sudor de sus abuelos, sino porque él, lo mismo que sus negros, no sabía qué hacerse, cuál partido tomar con ellos, pues que abandonarlos era cosa igual á la de abandonar sus propios hijos.... ¿Cómo se las habrían con la vida?... Y ya los miraba entregados en manos de malas gentes, explotadoras de su candidez, que los harían viciosos y malos para mejor valerse de ellos. Pobres negros á quienes la ley arrojaba á la vida como un haz de chamizas á la boca de un horno: á los cua-

tro vientos, sin Patria, sin hogar, sin familia!...

Y don Juan Manuel se arrimaba más y más á Lina y gemía al resurgimiento del conmovedor espectáculo....

Luego, la realidad, la escasez oprimiéndole, su lucha con la tierra, con los hombres, con algunos de aquellos mismos negros que enantes no querían abandonarle, y ahora no perdían ocasión de hacerle daños, que le arruinaban, robándole, incendiando los ranchos y buscando camorra á los pocos que habían quedado.... Vigilias y fatigas en las noches y en los días, ya cansado, estropeado, viejo para juntar la borona que se comían y rescatar la casa; y cuando todo parecía cambiar y los tiempos tornarse buenos, cuando estaban próximos la calma y el orden, ya el hijo había muerto obscuramente en una guerra, y Mauricio, el único que podía substituirle en la brava labor de la tierra, pues tenía veinte años, se resistía, no quería ser hombre de campo y le obligaba á deshacerse de la hacienda.... Afortunadamente algo había ahorrado, no habría abundancia, pero no faltaría el pan, y Mauricio seguiría la carrera que le tenía preparada; pero el mozo defraudaba sus esperanzas: resultaba un botarate!... Se reunía con lo peor de la ciudad: unos tunantes, entre ellos, el nieto de su esclavo «el Palomo» y á quien llamaban «Palomero», al cual había corrido por asediar á Lina con sus palabras y miraditas amorosas, el insolente! Sí, cuanto pasaba era cosa de la época. La sociedad no podía subsistir porque todo estaba en desacuerdo, reinaba la anarquía. Qué distancia entre él y Mauricio! Veía unas cosas tan lejos de las otras.... La juventud se podría como se pudren las cosechas en la mata, porque el mal tenía muy hondas raíces. Todo se derrumbaba.... todo!

Y don Juan Manuel, acercándose más á Lina doblegó su cabeza alba como un lirio sobre el regazo en flor de la nieta: era todo cuanto le quedaba ya en el mundo!...

..

No abandonaron en el resto del día las preocupaciones á don Juan Manuel: decaído el espíritu, no encontraba reposo en parte alguna; no durmió la siesta por más que Lina, suavemente, le balanceó la hamaca, ni tomó bocado á la hora de la merienda, sin llegar á vencer su desgana los ruegos y agasajos de la nietezuela, que, entre mohín y mohín le presentaba mostachones de pura almendra, almidoncillos abizcochados para ser comidos con cuajadas; y ni aun el manjar blanco, oliente á canela y vainilla, preparado por aquellas hacendosas manecitas, según la vieja receta de la abuela, lograba despertar su apetito.

Don Juan Manuel no pensaba sino en Mauricio y su petición. Semejante idea no podía ser obra sino de los malos consejeros: esa malvada simiente crecía sin dios y sin ley.

Por la noche, en la cama, aún no se veía libre de sus preocupaciones. El sueño huía de sus ojos. Allí, en aquella cama alta como un catafalco, con grandes pilastras, de escalerilla y techo-raso, oía como iba apagándose el ruido de la ciudad; contaba las horas que daba la vieja campana de La Torre; campanadas que sonaban en sus oídos como ayes, lamentos, sonidos que hasta entonces no ha-

bían llegado á sus oídos; porque la voz de la campana había resonado siempre en ellos alborozadamente.... Y era que su alma estaba triste, abalida, como el alma doliente que suponía ahora en la campana....

Ya tarde de la noche, cuando comenzaba el sueño á rendirle, despertó sobresaltado don Juan Manuel por el ruido que hacía Mauricio al entrar, y al mismo tiempo el ruido de una puerta que se abría llamó su atención hacia la sala; y pensando en alguna nueva locura de Mauricio, abandonó la cama, paso á paso, sigilosamente; con la palmatoria en la mano se fue acercando al sitio, latiendo con mayor violencia el corazón cuanto más cerca estaba. Ganas tenía de llamar á Lina; pero, á los oídos de don Juan Manuel llegó de pronto una frase, una voz conocida: la de Palomero que al través de los gruesos balaustres y caladas celosías requería de amores!.... Quiso retroceder, avanzar, y no pudo sino exclamar solamente, con acento que salía de lo más recóndito del ser:

¡Y tú también, Lina, hija mía!!

Y el abuelo, en aquella conmoción suprema, sintió derrumbarse sobre él algo así como los viejos muros, toda aquella sólida trabazón de piedra y argamaza que se había mantenido igual al primer día á pesar de las pasiones de los hombres y de las convulsiones de la tierra....

En vano Lina, la tierna nieta, con el calor de sus caricias, hacia por abuyentar los hielos de la muerte que se iban senoreando de aquella vieja carne; pero el hilo estaba roto!

—«Perdóname, perdóname, abuelo,»—quedo, muy quedo, susurraba al oído de aquella cabeza, alba como un copo de algodón. La infeliz, en su ignorancia, no sabía que el corazón de los jóvenes es como las plantas: crecen á la sombra bienhechora de los grandes árboles, pero llega un hermoso día en el cual, aunque se encorven y llenen de jorobas, salen con sus vistosas ramas al encuentro del sol.

LUIS M. URBANEJA ACHELPOHL.

A HERACLIO M. DE LA GUARDIA

Después de recibir un ejemplar de sus obras poéticas con esta dedicatoria:

Al hombre de corazón y alma; al poeta generoso y noble; á Santiago González Guinán, su siempre agradecido y admirador,

HERACLIO MARTÍN DE LA GUARDIA

Es oro tal presente! Mariposas
De vivísima luz, tus versos vuelan,
Rumorosos y tiernos, cuando anhelan
Néctar libar de cálices de rosas;

Vibrantes, cuando de odas armoniosas,
En pos del lauro, la expresión cincelan,
Y el ala de los cóndores encelan
Cernidos en la cima de las cosas.

Si el barro, á veces, sórdido destruye
La ebúrnea torre donde sueño y veo,
Tu lira, Soñador, la reconstruye;

Y por la magia de su ritmo creo,
Que humano Bien de la conciencia arguye
Y que revive y triunfa Prometeo.

SANTIAGO GONZÁLEZ GUINÁN.

Septiembre 1904.



GUERRA RUSSO-JAPONESA; La destrucción de una batería rusa en la batalla de Liao-Yang

SANTIAGO



ESTÉRIL me parece el trabajo que se toman los historiadores en desentrañar lo que hay de cierto ó fabuloso en los hechos de la remota antigüedad. ¿Qué importa, por ejemplo, que fuera Tubal ó Tarsis, u

otro cualquiera, el primer poblador de Iberia? ¿Que es una patraña la historia de Florida! ¿Y qué? ¿Que se sabe de cierto que las hazañas de Bernardo del Carpio no son historia, sino cuento! ¿Qué hemos salido ganando con ello? Al cabo de los años mil, tanto importa lo rigurosamente histórico como legendario. Y aun estoy por decir que más verdadero es lo legendario que lo histórico. Y no es paradoja. Lo legendario es obra del pueblo, que si desfigura los hechos en sus caracteres exteriores, no tiene para qué falsificarlos en lo esencial. De seguro que ni Fernán-González, ni Cid Rodrigo, fueron tales como los pintan romances y poemas; pero, ¿cómo no reconocer que la fantasía popular ha hecho de ellos símbolos que reunen el carácter y las virtudes guerreras de los caudillos españoles en los siglos medios? En tal sentido el poema del Cid y el de Fernán-González son más verdaderos que las crónicas, escritas, como no podían menos de serlo, bajo la presión de los Monarcas.

Tomadas rigurosamente á la letra las leyendas y tradiciones que existen en España, y particularmente en Galicia, acerca de San Yago ó Santiago, son absurdas; pero al través de la falsedad de sus pormenores y de los prodigios con que la fe candorosa del pueblo las ha adornado, bien se echa de ver el estado de alma de los españoles en los tiempos de la Reconquista.

Procuraré hacer en breves frases el resumen de la leyenda santiaguesa, dejando al lector que por su cuenta deslinde lo verdadero de lo falso.

..

Cuéntase que Santiago el Mayor, hijo del pobre pescador de Bethsaida, Zebedeo, después de predicar el Evangelio por Judea y Samaria decidió divulgar la buena nueva por los pueblos de nuestra Península, y así lo hizo. Acompañado de unos cuantos discípulos, se embarca en Joppe, hoy Jaffa, cruza el Mediterráneo y desembarca en Cartagena. Predicando de pueblo en pueblo y sufriendo á menudo duras persecuciones, se dirige á Iliberris, hoy Granada, recorre Andalucía, visita Toledo, penetra en Portugal y llega á Galicia. Según parece, Galicia fue la tierra de su elección, y su residencia predilecta Iria Flavia (Padrón), bañada por la poética ría de Arosa. No hay que decir, dada la elocuencia de Santiago, á quien á causa de ella se le llamó *Hijo del trueno*, si haría conversiones entre la gente galaica. Mas no pudo el Apóstol permanecer mucho tiempo entre sus amados gallegos. Las persecuciones que la naciente Iglesia padecía en Oriente reclamaban su presencia allá, y abandonando á España, llegó á Palestina, derramó entre las muchedumbres la semilla del Evangelio, combatió duramente á los ariseos y escribas, convirtió al cristianis-

mo á algunos de sus más encarnizados perseguidores, y recibió, al fin, la corona del martirio bajo el hacha del verdugo, en 25 de marzo del año 44 de la Era Cristiana.

El cuerpo del Santo fue arrojado á un muladar para pasto de los buitres; pero los discípulos de Santiago se apresuraron á recoger los sagrados restos, y recordando el amor que el Apóstol tuvo siempre á Galicia, decidieron trasladarlos á Iria Flavia. Del puerto de Jaffa, como en otro tiempo Santiago, salieron con el cadáver del santo sus discípulos. Frágil era la embarcación en que navegaban, pero Dios la protegía contra los peligros del mar; así es que, sin contratiempo, llegaron á la ría de Arosa el día 25 de julio, desembarcando las santas reliquias en el arenal llamado de *la Barca*.

Durante mucho tiempo vióse junto á la iglesia de Santiago una piedra en forma de barca, recuerdo de aquella en que habian sido conducidos, al través de los mares, los restos del Apóstol. Allí había también una columna de piedra, á la cual la gente del país llamaba el *Pedrón* (de ahí *Padrón*) en donde era fama que fue depositado el cadáver del santo y amarrada la barquilla.

Muchas persecuciones, seguidas de otros tantos prodigios, pasaron los discípulos de Santiago hasta dar sepultura á su maestro en una heredad llamada *Liberum Donum*, á ocho millas, próximamente, del Padrón.

Siguiéronse á estos sucesos nada menos que ocho siglos, hasta el advenimiento al Trono de Asturias de don Alfonso el Casto. Por España habian pasado la dominación romana, la invasión de los bárbaros, la Monarquía visigoda, la conquista sarracena. Del sepulcro de Santiago nadie tenía ya memoria. La iglesia que sobre la gruta de *Liberum Donum*, por corruptela *Libredón*, había, estaba hundida, y sobre los escombros habian brotado espesos jarales é intrincadas malezas.

Pero fue el caso—así lo refiere la tradición—que rigiendo la Sede de Iria Flavia, en tiempo de Alfonso II el Casto, el obispo Teodomiro, acercáronse al prelado algunos de los feligreses de sus diócesis y le participaron que en el espeso bosque de *Libredón* se veían brillar por la noche luces misteriosas, y se oían armoniosos cánticos, que, sin duda, anunciaban algún celeste prodigio.

Allí fué Teodomiro, y después de prepararse convenientemente con ayunos y oraciones, encontró la tumba del Apóstol, y tan gozoso como es de suponer, fué á dar al Rey noticias de su hallazgo. No menos regocijado que el obispo quedó el Monarca con tales nuevas, y acompañado de varios prelados y ricos-hombres, fué á adorar el cuerpo santo y mandó construir una iglesia, cediéndole en señorío una extensión de tres millas á la redonda.

Tal fue el origen del *Campus stellæ* ó Compostela, que más tarde habia de llamarse ciudad de Santiago.

..

La fama de la milagrosa invención del sepulcro del Apóstol voló no sólo por la Península, sino por los más remotos países de la cristiandad, y de todas partes, Principes y prelados, nobles y pecheros, rudos hombres de armas y débiles mujeres, vestidos con la esclavina adornada de conchas, y en la mano nudoso bor-

dón, emprendían el camino de Compostela, en cumplimiento unos de severas penitencias, ansiosos otros de orar ante las sagradas reliquias, movidos todos por aquella sincera fe que tantos prodigios realizó en la Edad Media.

Peligrosísimo era el viaje: para llegar á Iria Flavia tenían los peregrinos, ó que exponerse á los riesgos del mar ó que recorrer largo camino al través de intrincados bosques, cruzando despeñados torrentes, trepando á enriscadas cumbres, arrojando las acometidas de los moros, que ocupaban una gran parte de la Península, ó exponiéndose á los asaltos de los malhechores, que infestaban las rutas por donde solian caminar los romeros.

Esto, según digo más arriba, llevaban como distintivo varias conchas, cosidas á sus hábitos y sombreros. Es curioso el origen que la tradición atribuye á este distintivo. Dicese que á cierto caballero moro, que por la brava costa gallega caminaba en noche tempestuosa hacia el castillo en que su dama le esperaba, espantósele el caballo, y ginete y cabalgadura cayeron al mar. En tal momento surcaba las olas la navecilla en donde iban los restos del Apóstol; bajo la quilla de la frágil embarcación sosegábanse las ondas, y el huracanado viento, al tocar la vela, trocábase en suave brisa. Sostenido el caballero por una fuerza milagrosa, pudo llegar hasta la orilla, donde arribó también la barca, y atribuyendo el moro su salvación á las santas reliquias, adornó su pecho con las conchas que encontró en la playa, en recuerdo y prueba de su milagrosa salvación.

Y si, lector, dijeres ser cuento, como me lo contaron te lo cuento.

..

Hecha esta digresión, volvamos ahora al origen y crecimiento de Santiago. Como dice acertadamente un historiador, «la Europa cristiana, sin darse cuenta de su empresa, construía un pueblo alrededor de un sepulcro.» Varias calamidades cayeron sobre la naciente ciudad: primero, los feroces normandos entraron en ella á sangre y fuego; después la tomó y saqueó Almanzor, maltratando el templo y haciendo que sus campanas fuesen llevadas en hombros de cristianos á Córdoba, á servir de lámparas en la grande Aljama de Occidente. Pero, á despecho de tantos estragos, la ciudad iba creciendo, y la magnanimidad de los Reyes, juntamente con las limosnas y donativos de los peregrinos y el celo de los prelados, al propio tiempo que engrandecían la iglesia, adornándola con maravillas como la célebre portada de la Gloria, contribuían á que la ciudad creciese, enriqueciéndose con magníficos monumentos, con hospitales y hospederías, con numerosos templos y edificios civiles. El antiguo burgo, que en el siglo ix apenas si contaba con 400 habitantes, es en el siglo xiv la primera ciudad de Galicia.

Por entonces empiezan á celebrarse las fiestas de Santiago en los días 24 y 25 de julio. Serían de ver aquellas muchedumbres fervientes, compuestas, además de los hijos del país, de hombres de distintas nacionalidades; las filas de peregrinos que se dirigían á la *Cruz de los harapos* á cambiar sus viejos sayales por las nuevas esclavinas, donadas por el cabildo; las naves de la catedral, pobladas de fieles y



UNA COPLA ALUSIVA. — Por Juan José Gárate

llenas del humo del incienso que á torrentes derramaba el colosal *bota-fumero*; las cuadrillas de caballeros, con sus vistosos estandartes; los gigantones representando las distintas nacionalidades; los banquetes públicos, las danzas populares, y sobre todo este animado cuadro, las campanas de los templos volteando como locas, confundiendo sus sonos con la música de chirimías y de gaitas, y el estallar de petardos ó truenos de pólvora.....

Seis siglos han pasado desde entonces; y si es cierto que la fe se ha extinguido, y que ya el peregrino no se viste la esclavina adornada de conchas para ir á postarse ante el sepulcro del Apóstol, ni cree ver el Camino de Santiago marcado en el cielo por la *Via láctea*, ni el soldado invoca el nombre del santo con el glorioso grito de «Santiago, cierra á España», ni los Ejércitos ven en las nubes cabalgando sobre albo caballo al patrón de las Españas.... todavía los aldeanos de Galicia acuden gozosos, luciendo sus galas domingueras, á celebrar la fiesta de Santiago, aún la piedad atrae allí á no pocos viajeros, y en este año el Rey don Alfonso XIII, como en remotos tiempos Alfonso el Casto y Alfonso el Magno, y tantos otros Monarcas, se prosternará ante el sepulcro que guarda las santas cenizas, rindiendo así culto á la fe de su pueblo y á las glorias de su Patria.

AUGUSTO F. VILLEGAS.

(Zeda)

SERRANILLA

Hay una flor en el valle
que ha perdido sus aromas.
¡Oh, qué triste es ver marchita
la que fué lozana rosa!
Ya los aires desdeñosos
á su paso la deshojan;
ya las lluvias abrilneas
sobre su tallo la doblan.
Las abejas ya no gustan
de la miel de su corola.
¡Oh, qué triste es ver marchita
la que fué lozana rosa!

* *

Vereda que un zagalillo
con sus abarcas trilló,
y tiene verdes orillas
cubiertas de blanca flor.
Pura fuente en cuyas aguas
quiebra sus risas el sol;
tomillares donde el viento
de la dicha se aromó.
Flauta que alegra en los hatos
las nostalgias del pastor,
la que el Otoño durmiera,
la que en Abril despertó.
Esquilas dulces que tañen
con melancólico són;
relato que ondula y nieva
con espumas el verdor.
¡Qué triste es la madrugada
que, en su albear, alumbró
mustia, seca y sin aromas
la que fué lozana flor!

ENRIQUE DE MESA.

MOTIVO

(Para una neoyorkina)

Blonda hadita de los ojos
verde mar;
ya te besa la fortuna,
ya te vas;
la leontina de tu esposo
tiene sal,
y es un héroe—lo he leído—
y un sultán,
en la industria de la blanca
New Orleans.
El es bueno y es paciente
como Job;
y tú, fina como un rasgo
de Watteau....
¿Do nos vimos, amiguita?
¿qué arrebol
encendiste en mi memoria
de pintor?....
Salomé de la calleja,
32,
te adoré pero de todo
corazón.
Dulce rostro de los ojos
verde mar,
y melancólicamente
nupcial,
¡sé feliz! y nunca mires
hacia atrás;
y abre siempre mi tomito
Jorge Sand,
en la blanca y sudorosa
New Orleans.

EMILIANO HERNANDEZ.

U. S. A.—1904.

PSICOLOGIA DE LA VANIDAD

Entre las extravagancias que dañan más la vida social, que amargan á cada instante el placer de reunirnos con nuestros semejantes, la vanidad ocupa un lugar eminente. Sin ser un vicio, ni una violación real del contrato social, como la mentira, á la que ya hemos estudiado (1), es una debilidad y ya un principio de injusticia. Es, por esencia, antisocial, puesto que, por definición, crea una desigualdad enorme: de un lado yo, del otro los demás, gravitando en torno mío. Es ridícula, es chocante, y puede, cuando se extrema, hacerse odiosa.

Vamos, pues, á examinarla, no por simple curiosidad teórica, sino por razón de higiene moral: para combatirla.

La vanidad es un exceso y una desviación del amor propio. Comencemos por darnos cuenta de lo que es, exactamente, el amor propio.

I

El amor propio es el deseo de la alabanza y la aversión por la crítica. Decir que una persona tiene amor propio, es decir que es muy sensible á los cumplidos y á los reproches. Cuando un maestro observa que algún alumno tiene amor propio, juzga que puede obtener mucho de él, empleando hábilmente el elogio.

Este deseo es, por otra parte, y á diversos grados, común á todos los hombres.

Más claro, el amor propio es el cuidado por la opinión. Si la alabanza y la censura nos conmueven, es porque deseamos producir una buena opinión de nosotros mismos. Este deseo es lo esencial. Sufrimos cuando lo vemos contrariado, gozamos cuando lo vemos satisfecho.

Si se nos pregunta por qué deseamos que los demás tengan de nosotros una buena opinión, la respuesta no puede ser dudosa: es que tendemos á admirarnos á nosotros mismos, tenemos el hábito de compararnos á los que nos rodean y nos agrada salir airoso de la comparación; nos gusta poder felicitarnos interiormente. Hé aquí por qué nos importa tanto la opinión de los demás: ella influye poderosamente sobre la nuestra. Si logramos algún éxito, si recibimos algún elogio, nos es muy fácil admirarnos, congratularnos con nosotros mismos: hallamos ya un tema compuesto, sobre el cual ejecutamos variaciones. Si sufrimos alguna crítica, todo cambia; semejante contrariedad nos incomoda, no podemos ya celebrar nuestras propias alabanzas con tanto entusiasmo: hay una notafalsa en el concierto. Luego, nos preocupamos mucho de la opinión ajena porque ya estamos preocupados de la nuestra.

En suma, el amor propio es antes que todo el deseo de conservar una buena opinión de sí mismo;—por tanto, el deseo de la buena opinión ajena;—por consiguiente, el deseo de los cumplimientos y el temor de la crítica;—y, como última consecuencia, el deseo del éxito en todas sus formas. Este deseo es normal, en el sentido de que es común á todos los humanos, que es una forma especial del instinto de conservación, un resorte omnipotente de toda virtud y de todo progreso. No se hace perjudicial sino cuando se desordena, cuando se torna en *vanidad*.

¿Cuáles son los cumplimientos á los cuales es más sensible el amor propio? Hay ciertas cualidades de las que nos sentimos más orgullosos que de otras: tratemos de distinguir esta especie de jerarquía.

Es preciso, por supuesto, tener especialmente en cuenta nuestras pretensiones individuales, á veces tan extrañas. Para que una alabanza

nos sea verdaderamente grata, es preciso que sea verdaderamente la que deseamos, la que anhelamos desde el fondo de nuestro ser; no nos alboraza si no nos toca justamente el punto sensible, el punto viviente del amor propio.

Pero, puestas de un lado estas pretensiones individuales, pueden clasificarse las cualidades humanas en el orden siguiente, comenzando por las que más codiciamos:

En primer lugar las cualidades físicas: fuerza, elegancia, belleza. Es claro que la belleza y la gracia son las ventajas que las mujeres desean por sobre todo. Pero los hombres mismos son extremadamente sensibles á estas especies de cumplimientos: *en teoría* las consideran sin valor, pero en el hecho se desviven por ellas: en el fondo de esto hay una viva susceptibilidad. Puede decirse, en todo caso, que la crítica, cuando se refiere á nuestro físico, nos es altamente dolorosa, exceptuando los casos de defectos ó deformidades, para los cuales hemos tomado nuestro partido, y ¡já costa de cuánto!

Tras éstas, las cualidades de las cuales nos envanecemos más son las intelectuales: nadie oye con serenidad decir de sí que es espiritual, delicado, sagaz, juicioso, profundo; nadie, sobre todo, oye sin pesar poner en duda semejantes meritos.

En tercer lugar figuran las cualidades propiamente morales: justicia, bondad, abnegación, etc. Y, cosa curiosa: son éstas, teóricamente, las que *juzgamos* más bellas, las que apreciamos más en otro; y no son, sin embargo, de las que nos preocupamos más por lo que á nosotros respecta: un cumplido acerca de ellas nos es, sin duda, agradable, pero no nos conmueve tan hondamente; su crítica nos desagrada, pero no nos subleva. Por fin, en último término situamos una cualidad intelectual que, con razón ó sin ella, separamos absolutamente de las demás: la riqueza y la fidelidad de la memoria. Así como nos preocupamos demasiado de las otras cualidades del espíritu, exactitud de criterio, penetración, imaginación, etc., nos preocupamos muy poco de una «buena memoria». Hasta se lo agradece-mos poco á quien nos la alaba; nos lastima que no se halle en nosotros otra cosa que elogiar; nos parece que así se rebaja un poco nuestra inteligencia, y experimentamos la impresión de que ponderando tanto nuestra memoria, se hace una tática difamación de las restantes facultades.

Por la misma razón nos quejamos tranquilamente y sin rubor cuando es mala, y á veces sin que realmente lo sea. «No hay quien no se queje de su memoria», decía con exactitud La Rochefoucauld.

Tal es, á mi entender, la jerarquía de nuestras cualidades,—no según el juicio de la razón, que es casi el opuesto—sino según las susceptibilidades del amor propio.

Un hecho curioso comprueba esta clasificación: no *osamos* hablar de nuestro propio rostro ni de nuestro *esprit*, pero hablamos sin gran vacilación de nuestro corazón y de nuestra memoria. «Tengo una memoria feliz», se dice con la mayor facilidad y á nadie le choca oírlo. «Yo no soy malo» es todavía más fácil de decir y de oír. «No soy un animal» ya es un poco duro; y, «Yo no soy feo», es cecididamente odioso y ridículo.

Ahora bien: ¿por qué tememos hablar de ciertas cualidades? Es, precisamente, porque las estimamos mucho más que á otras, porque con respecto á ellas somos extremadamente sensibles; por consiguiente, no podemos hablar de ellas con toda tranquilidad; nuestro amor propio se ve comprometido en ello; no nos *atreveremos*; seguramente no es que nos falta gana, es que nos falta valor.

¿Por qué esta jerarquía? ¿Por qué esos

grados de sensibilidad tan diferentes según sean las cualidades de que se trata? El motivo no sería tan difícil de descubrir, si tratásemos del amor propio en sí mismo.

Acaso algún día lo hagamos; por de pronto nos bastan las notaciones sumarias que preceden. Nuestro objeto no es el amor propio, sino esa exasperación, esa perversión del amor propio que se llama vanidad.

II

¿Qué es, en efecto, la vanidad? Es un amor propio exagerado. El amor propio es el deseo, normal y natural, de las alabanzas; la vanidad es el mismo deseo, pero hecho omnipotente. El vanidoso vive para producir efecto, para brillar, para hacerse admirar: esta es poco más ó menos, su idea fija.

La vanidad es, por consiguiente, si no una grave enfermedad moral, al menos una real anomalía: es más bien una extravagancia que un vicio, pero de la cual pueden salir muchos vicios.

Estudiémosla, por tanto, como una enfermedad bastante ligera, pero insidiosa.

¿Cuáles son sus síntomas, sus variedades, su pronóstico y su «tratamiento»?

El primer síntoma es el exceso de gozo que produce la lisonja. Casi siempre, el vanidoso se revela por esto: le es inevitable alborozarse bajo la caricia de un cumplido: inmediatamente se torna radiante, expansivo, benevolente, locuaz. Si acaso se esfuerza por no revelar su arrobamiento, toma ciertos aires de modestia que no engañan: se percibe, bajo la violencia exterior, una íntima dilatación: el rubor delata la emoción. De resto, el vanidoso vulgar no se contiene: se atilda, *se reconoce* que posee algún mérito; en caso necesario, solicita encarecidamente el elogio; pide más; recuerda antiguas alabanzas que le han prodigado y las rememora con cierta apariencia de abnegación que cuadra á un relator desinteresado, obligado, por la fuerza de la verdad misma, á hablar.

Por supuesto que las censuras ó la crítica producen el efecto contrario: el vanidoso experimenta en el acto una desagradable impresión; se enoja, se amarga: no puede ocultar su despecho.

El segundo síntoma es el esfuerzo constante por conquistar esos cumplidos tan deleitables. El vanidoso se entrega á cierto manejo hábil ó burdo que es fácil reconocer. Gobierna diestramente la conversación hasta dirigirla sobre sí mismo, sus hazañas, sus éxitos. Se habla de él, á la postre: tema eternamente querido. Hasta algunas veces permite que se diga mal de él, porque es una manera de ocuparse de su persona y espera que haya protestas. Entonces es cuando desempeña la *falsa modestia*, frecuentemente odiosa y ridícula, baja comedia estimuladora del elogio.

El vanidoso se reconoce también por otra cosa: deseoso, vehementemente, de ser admirado; mártir del éxito, cree que éste es facilísimo; pronto se persuade de que lo ha alcanzado: es de esa clase de gentes á quienes se oye decir: «He obtenido un éxito soberbio», ó bien: «Gusto mucho»; á veces: «Han hallado mis versos bellísimos». Tiene la evidencia de que se ocupan de él, de que no se habla sino de él, de que todo el mundo, durante su ausencia, se extasia en su *esprit*, en su seductora influencia, de que deja detrás de sí un murmullo de admiración: en una palabra, es un *fatuo* perpetuo.

Rectifiquemos: no lo es siempre, porque la fatuidad, frecuente en los vanidosos, no es constante. Existe el vanidoso desconfiado, inquieto, nunca satisfecho; pero es regularmente una excepción: el vanidoso fatuo es el tipo común.

(1) En una de nuestras anteriores ediciones publicamos el estudio á que se refiere el autor.—N. E.



GUERRA RUSO-JAPONESA: Reconocidos por la muerte — Cadáveres de rusos y japoneses antes de su enterramiento

¿Existen recetas prácticas?

Evidentemente que es en el niño en quien debe procederse antes que todo, puesto que es por medio de él como se obra sobre la humanidad. Es necesario preservar al niño de la vanidad.

Ahora bien, yo creo que somos nosotros quienes lo hacemos vanidoso; creo firmemente que no lo es por naturaleza. Obsérvese en los niños, mientras no están pervertidos por defectos de educación, que carecen de amor propio hasta un grado que admira; con frecuencia se les oye decir: «yo sé que no tengo talento» ó bien: «yo sé que no soy bella», sin el menor asomo de tristeza ni de despecho: son hechos que ellos hacen constar fríamente, sin ningún género de afectación: toman su partido con una comodidad maravillosa. Luego, somos nosotros quienes los hacemos vanidosos. Desde luego, por el torpe uso de las alabanzas, de las comparaciones con sus camaradas, por exceso de admiración. Después, y *sobre todo*, por el uso indebido de las chanzas: un niño de quien se mofen delante de testigos puede, sin que haya lugar á dudas, sufrir de tal manera, que desde ese día su cuidado capital será evitar tan horrible tortura: estará pendiente de la impresión que producirá, sentirá terror del ridículo y de la crítica, en suma, vanidad.

También, en la educación actual, se fija excesiva atención en el amor propio del niño: demasiados temas, concursos, premios, para esa gloriola al uso de la juventud; medios muy eficaces para estimular la energía, pero peligrosos, que requieren ser manejados con prudencia. Será preciso, como se ha dicho con frecuencia, para apreciar los progresos del escolar, compararlo con él mismo antes que con los demás. Trabajar para ser «primero» no es malo; pero trabajar por el placer de saber y de trabajar es mucho mejor, y en el fondo es un estimulante tan poderoso como cualquiera otro.

Para los niños y para todo el mundo, en tanto que nos quede un resto de vanidad, hay un remedio soberano: la inteligencia y la reflexión. Los vanidosos son siempre gentes que reflexionan poco y mal: importa, sobre todo, esclarecerlos.

Hay dos ó tres reflexiones que forzosamente tienen que corregirlos: primera, cualquiera que sea el puesto que ocupemos ó las ventajas de que disfrutemos, no hay razón para envanecerse, porque lo debemos á una infinidad de circunstancias que nos han ayudado: la parte que corresponde al azar y á la buena suerte es siempre enorme. Nada es tan ridículo, por ejemplo, como la vanidad del joven que es «recibido» en una grande Escuela y que mira desde muy alto á la turba de los «rechazados», cuando es conocido el papel que desempeña «*la veine*» en los concursos de ese género y qué matiz imperceptible ó ficticio separa casi siempre al que «entra» del que queda afuera: el asunto reclama un poco de modestia: se comprende la alegría, pero el orgullo es singularmente infundado.

Sería bueno también, cuando sintamos cierta tendencia á envanecernos por cualquier ventaja, fijarnos en los que la gozan al igual de nosotros. Ello bastará para enfriarnos el entusiasmo. Que tenga en cuenta el sportman á los que le superan en su sport favorito; que se fije el condecorado en los que lo están también; que el hombre de capital piense que también hay otros que lo tienen, y verán que no hay motivo para enorgullecerse demasiado.

Por último, es bueno recordar que todas esas ventajas de que nos enorgullecemos, *esprit*, belleza, riqueza, etc., no tienen realmente valor por sí mismas: todo depende del uso que se haga de ellas. De la propia riqueza se puede hacer un uso ridículo; de la belleza puede hacerse un uso vergonzoso; de la inteligencia, un

uso criminal. Si nos sirviésemos de todos esos dones para el bien y la justicia, enhorabuena! De ello podríamos jactarnos, sin que nadie lo llamara vanidad.

Si un hombre emplea su riqueza en disminuir un poco el sufrimiento de otro; si una mujer hace de su belleza el encanto visible de su profunda bondad; si un hombre emplea su inteligencia en hacer triunfar la justicia, nada mejor: todos tendrán el derecho de estar contentos de sí mismos; pero semejante alegría no se parecerá en nada á la fatuidad ni á la vanidad.

Solamente de una cualidad puede estarse eternamente envanecido: la justicia.

CAMILLE MELINAND.

LES CONQUERIS

Comme un vol des gerfaux hors du charnier natal,
fatigués de porter leurs misères hautaines,
de Palos de Moguer routiers et capitaines
partaient ivres d'un rêve héroïque et brutal.

Ils allaient conquérir le fabuleux métal
que Cypango mûrit dans ses mines lointaines;
et les vents alizés inclinaient leurs antennes
aux bords mystérieux du monde occidental.

Chaque soir espérant des lendemains épiques
l'azur fosforescent de la mer des Tropiques
enchantait leur sommeil d'un mirage doré;

Ou penchés à l'avant des blanches caravelles
ils regardaient monter, en un ciel ignoré,
du fond de l'Océan des étoiles nouvelles.

J. M. DE HEREDIA.

LOS CONQUISTADORES

(TRADUCCIÓN)

Cual de halcones noveles banda fiera
cansada de miseria, hoscía y sombría,
soñando heroica hazaña audaz se fía
al bravo mar la gente aventurera.

El rumbo inclinan á oriental ribera;
buscan el oro que Cypango cría;
viento providencial sus barcos guía
é incógnito Occidente los espera.

Delante el sol que muere, atrás Europa,
la impaciencia solazan de su anhelo
los dorados celajes tropicales;

O reclinados en la tarda popa,
de noche ven desconocido cielo
y surgir de la mar nuevos fanales.

M. A. CARO.

LOS CONQUISTADORES

(TRADUCCION)

Como errabunda parva de halcones carnívoros,
hastados de la altiva miseria de sus días,
de Palos parte el ávido tropel de aventureros
ebrios del vino heroico de áuricas fantasías.

Van á buscar del mágico Cipango los veneros,
y un Eldorado splende en sus almas bravías,
mientras que les empujan los alisios ligeros
á las occidentales, secretas lejanías.

Sueñan con un mañana de gloria, y su quimera
en el azul fosfórico de la mar plañidera
les halaga con una perspectiva de oro.

Y anegados sus ojos por la luz del anhelo,
contemplan cómo suben por el azul del cielo
nuevos astros que surgen del piclago sonoro.

JESUS SEMPRUM.

MI MUSA

Es una enferma... El dolor ha herido
su belleza, con un signo de muerte;
su hermosa juventud se ha extinguido
á los golpes continuos de la suerte.

Sus manos que escribían dulces cosas,
hoy apenas escriben cosas crueles;
se marchitan como pétalos de rosas
y olvidan el amor de sus pinceles.

Sus labios que vertieron la dulzura
de la gloria, que quiso el nombre mío,
se plegan como flores de amargura
sobre las fuentes blancas del hastío.

Ya sus blondos cabellos lucen canas
y sus nervios padecen hondas crisis;
hay sombra en sus pupilas soberanas
y en su seno gentil duerme la tisis.

J. I. VARGAS VILA.

MUTACION

Sabe que cuando mueras, á la tierra
legarás un magnífico tesoro,
pues los bucles radiantes de tu pelo
irán muy pronto á convertirse en oro.

Tus pupilas son astros que despiden
rayos abrasadores y brillantes,
mas serán, cuando vayan á la tierra,
en lugar de dos soles, dos diamantes.

Y de la fosa brotarán en breve
do reposen tus gélidos despojos,
muchas rosas de tintes purpurinos
como la grana de tus labios rojos.

Volveránse las carnes de tu cuerpo
seductor, tan blancas, tan hermosas,
de mármoles canteras que se explotan
para hacer las estatuas de las diosas.

Y la materia de tu sér, trocada
en joyas, guardará el mundano suelo,
así como tu espíritu impoluto
será un querub en la región del cielo!

SATURIO RODRIGUEZ BERENGUEL.

Caracas.

FLOR DE FUEGO

Y en lucha con sus ansias, viendo al cielo,
Tendióse la nerviosa Foscarina,
Y en lucha con sus ansias, sin recelo
Mostró á la luz su desnudez divina.

Y el poeta exquisito, en su desvelo
De oprimir esa carne marfilina,
Modeló aquellas formas á su anhelo
Y besó aquella boca purpurina.

Y entonces fué magnífico; el poeta,
Empapado en el arte misterioso,
Contempló la belleza en un semblante,

Y desbordando al fin su ansia secreta,
Para sentir el estro prodigioso,
Dejó á la Foscarina agonizante.

JUAN R. ORCÍ.

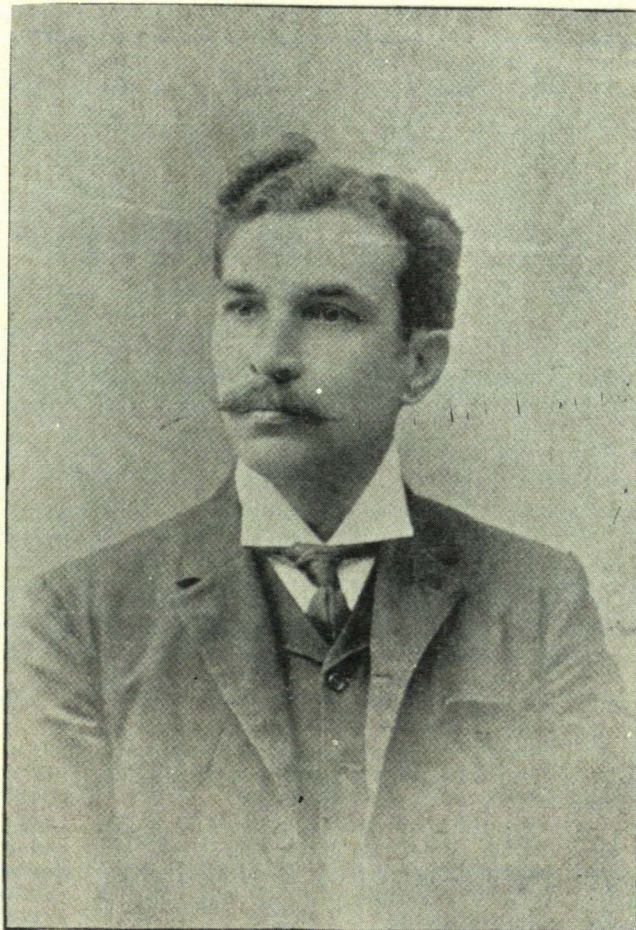
México, Junio de 1904.

JOSE AUSTRIA

Si se pudiera ejercer en el arte de la crítica una botánica espiritual, yo clasificaría muchas almas como flores. Ante mis ojos pasarían deleitándome con la maravilla de su color, de su forma y de sus perfumes, muchas almas de artistas y poetas. Pasarían ante mí todas las corolas. Y serían azules, blancas, rojas, negras, verdes, complicadas algunas, llenas de amargos rocíos otras, algunas pensativas, otras ingenuas, otras monstruosas. Yo clasificaría el alma de José Austria, sirviéndome del símbolo, como una flor rara, de corola pensativa, de un color verde metálico, nacida en una tierra extraña, patria de seres melancólicos. Y es porque este escritor es de la raza de los seres melancólicos y mediatibundos. Su aparición en la vida literaria de Venezuela ha sido tardía. No se ha dejado conmovir por los entusiasmos literarios que han surgido entre nosotros de tarde en tarde. Ha aparecido en una época silenciosa para la literatura, trayendo su grano de mirra y de amor al altar del arte, como uno de los hombres de Carlyle. «Los hombres silenciosos son la sal de la tierra», ha dicho el sutil filósofo inglés. Y cultivando su jardín de silencio, José Austria se ha hecho uno de esos escritores de fuerza, de pensamiento arcano, de estilo preciso y complicado. Muchas de sus prosas,—estudios psicológicos, cuentos, paisajes, finas páginas de dolorosos análisis íntimos, revelan la paciente labor de un hombre que ha madurado su talento y su estilo, en el silencio, en su gruta de libros. Para él la lengua se le ha presentado como un instrumento misterioso cubierto de mil llaves á quien ha querido sorprender el secreto de su ánima armoniosa. Y huyendo de todas las músicas conocidas ha querido infundirle un sonido personal. En esta labor dolorosa, en solicitud de un estilo propio, ha viajado por todas las modalidades del lenguaje, hasta crearse una manera de decir personal, arcaica y bella, extraordinariamente artística. Su estilo sobrio, flexible, fino, recuerda las prosas de Acosta, Martí y Montalvo, pero menos retórico que estos tres grandes maestros, tiene lo que puede llamarse «el aire de familia» que caracteriza á los jóvenes escritores americanos de hoy, y es un soplo de vida, algo que fuera de la retórica y la literatura es una manifestación de la naturaleza.

Esta evolución del castellano en América se debe al apostolado que se ha hecho del arte libre. Generaciones y generaciones se han sucedido sin carácter personal, sujetas al carro de una escuela literaria, ó á la fama de algún poeta. Hubo épocas que las llenó todas Zorrilla, otras en que fueron Núñez de Arce y Cam-

poamor. Y se tenía como triunfo literario imitar esos maestros. Eramos repúblicas independientes pero colonias literarias de España. Ahora no. Los tiempos han cambiado. Una revolución literaria dirigida por los nuevos de América ha triunfado, y hoy cada escritor, cada artista, libre de todo yugo, se hace su propio camino por la selva del arte.



SEÑOR JOSÉ AUSTRIA

Estos son tiempos anárquicos. Cada alma se busca á sí propia. El cultivo paciente y continuado del yo es la fórmula y es la ley. Se vive hoy una vida interior más intensa y más fina, pero también más dolorosa. Analizándose uno á sí mismo, viéndose vivir, observándose los mil resortes interiores, cultivando sus herencias y sus enfermedades, ha surgido una literatura inevitablemente personal y por lo tanto anárquica. Alfredo de Musset lo dijo: «Mi vaso es pequeño pero yo bebo en mi vaso».

En estos días de anarquía literaria, en estos días de solitario cultivo interior, José Austria ha cultivado en el silencio la delicada flor de su espíritu, y la ha cultivado de tal modo, que sus pétalos visten una seda imposible y su corola guarda un perfume turbador. En el jardín ideal del arte tiene esta flor muchas flores hermanas. Las hay azules, rojas, negras, blancas; no sé por qué me imagino la tuya ¡oh artista! como una verde corola taciturna nacida en una tierra extraña, patria de almas tristes.

A. FERNANDEZ GARCIA.

CUENTO DE AYER

A Miguel Herrera Mendoza.

I

Cuando la vieja gitana de ojos grises, hubo escuchado la confesión de todas las dudas y recelos que azotaban al joven viajero, un ademán de júbilo y unas cuantas frases incomprensibles se escaparon de sus labios rugosos.

Es cierto, exclamó; mas para ponerte á salvo de la volubilidad femenina, nosotras poseemos la clave de muchos misterios, y con ella sacamos la buena ó mala ventura de los amantes.

Luego, sobre el viejo breviario de la cábala meditó breves momentos, y sacó de un cofre de arabescos una pulsera fulgida llena de gemas. Una llavecita cubierta de rubies, cerraba y abría cuidadosamente aquella prenda rara.

El oro más puro que anida en las entrañas del Callao, había cedido dócilmente á los extraños caprichos del orfebre; y de las milagrosas manos del artista había surgido, de áspero y rudo que era, tembloroso y brillante.

Ya ves, esta será la salvaguardia de tu amor, dijo la vieja gitana de ojos grises, y con un gesto de satisfacción se contrajeron sus labios rugosos. Luego, indolentemente, tendió la mano descarnada y fría, para tomar las sonantes monedas que recibiera en cambio.

La distancia y la ausencia ya no deben atormentarte, repitió; esta pulsera fulgida y brillante es el símbolo de la eterna fidelidad; y debes ponerla cuidadosamente en el brazo de tu prometida. La sangre de los rubies más puros constelan la llave con que habrás de cerrarla, y esa sangre, por obra inexorable del misterio, será derramada si una mano sacrilega intentara abrirla en tu ausencia.

II

Aquella noche, fue una noche lánguida y triste; desde el amable rincón azul, volaban los suspiros como enjambre de mariposas.

Mañana, mañana un trasatlántico te llevará lejos . . . muy lejos . . . y ya bajo otro cielo, en otra playa, y bajo la clemencia de otro clima . . . el olvido . . . el olvido tal vez . . . ¿si tú me olvidas? . . . Y en sus grandes ojos negros tembló una lágrima.

Largos momentos pasaron en silencio; la despedida fue triste, y quedó sujetando, apriionando la carne mórbida del brazo, la pulsera constelada de piedras luminosas.

III

En una tarde pálida, en que las muertas luces del crepúsculo caían en la mar, sobre la cubierta del viejo trasatlántico, azotado el rostro por el sibilando salitre de la brisa, y mirando la onda frágil, el ala rumorosa de una gaviota marina pasó rozando su pensativa frente, mientras de sus manos, crispadas fue cayendo gota á gota al insondable abismo, la sangre que dormía en el seno luminoso de los rubies que constelaban el símbolo de la fidelidad femenina.

R. BENAVIDES PONCE.

Caracas—1904.

EL HONOR A DISTANCIA



A historia de los grandes hombres hecha por sus contemporáneos, debiera de ser la más verídica y cierta por la autenticidad de sus datos, y es, no obstante, la más incierta y falseada, precisamente por su afán y lujo de averiguación y de pormenores.

Es la crónica al menudeo, el libro de memorias de lo insignificante, el diario de ingresos y gastos menores, y no puede hacerse por él balance general, ni medir la totalidad de una figura. La vista cercana no abarca tanto. Ve bien los defectos ó las bellezas parciales de la escultura, la aspereza ó tosquedad del mármol, sus protuberancias ó sus resquebrajaduras, pero no juzga de la grandeza de la obra en perspectiva.

Y es que la crítica de los vivos se complace en desmenuzar á los hombres y romper las estatuas: por eso ve sólo fragmentos de estatuas y pedazos de hombres. A la posteridad corresponde la faena de ponerlos en el punto de perspectiva purificadora y de operar la decantación de las vidas, apartando los pozos y sedimentos impuros.

El honor personal, la conducta privada que se computan y valoran á alto precio en lo momentáneo, no pasan al libro mayor de la historia, y si pasan algunas veces, por minuciosidad curiosa, no se suman ni se descuentan en el haber de los muertos famosos.

Apartad los paños mortuorios que cubren las tumbas viejas, penetrad á través de las capas de sombra que los siglos acumularon sobre ellas, y escudriñad allá en su fondo la existencia de aquel polvo cuando fué carne, la opinión que tuvieron sus contemporáneos del hombre antes que fuera semi-dios inmortal consagrado en los altares de la historia.

Aquel estadista sin par que engrandeció á su patria y benefició á su país, que abrió para ellos los caminos del esplendor y las fuentes de la prosperidad, fue un avariento prevaricador, un agiotista que traficó con la fortuna pública, labrando así la suya propia.

Tratábase de un ladronzuelo vulgar, y los alcaldes de Casa y Corte dieron pronto con él en la cárcel y luego en la horca: tratábase de quien hizo dos bienes, el propio y el común, y la rapiña quedó absuelta y disfrutada largos años y en santa paz por sus descendientes, que viven envanecidos en la histórica casa que, cimentada con amasijos sucios por abajo, recibe por arriba la sombra veneranda del escudo del fundador.

La sociedad de su tiempo quizá guardaba el bolsillo cuando le veía cerca, y la opinión borraba con tachones de deshonra el nombre del estadista.

Aquel caudillo invencible, dechado de valientes caballeros, ganó para su patria remotos mares y anchas tierras, trofeos y estandartes, glorias y provechos. Y

mientras el héroe vencía en los campos de batalla, llevándose de corrido á moros y cristianos, su bella esposa festejaba los triunfos con sus amantes en el secreto del camarín tapizado con las banderas enemigas.

Y cuando tornaba vencedor y se encontraba engañado, recibía sin repugnancia el beso frío de la esposa infiel y la risa misericordiosa de los amantes. Y la espada sanguinaria que no sufría un ultraje sin cortar una lengua, pendía enfundada y paciente junto á la cabecera del ultrajado lecho conyugal.

La sociedad contemporánea se burlaba del gran caudillo, regocijándose más con sus desdichas que con sus victorias, y la opinión oscurecía con tachones de deshonra la fama del héroe.

Aquel poeta excelso fué el encanto de la muchedumbre sincera que mira buenamente á la obra sin saber de su autor. Llorando ó riendo, las gentes sujetas á la admiración le rendían su espíritu como el siervo se rinde al señor. Los enamorados se valían de sus versos como de un conjuro para vencer á sus amadas, y las amantes soñaban con oír á sus amados frases tan dulces como aquéllas, pensando cuán imposible sería resistir á la tentación de su cadencia.

Y aquel sér poético, aquel cantor sublime de la música del pensamiento, vivía truhanescamente más de los amores ajenos que en los amores propios.

Tercero de aventuras de los grandes señores que le amparaban, escribía epístolas para seducir hermosuras por cuenta de otros. Y para él quedaba únicamente el vicio peor de los vicios: el vicio pobre y nauseabundo. Sumiso, despreciado y obscurecido en los rincones de los palacios ó en compañía de los servidores de la corte, comía con hambre las sobras de las altas bacanales.

La sociedad contemporánea le consideraba como á un juglar para entretenimiento de los ocios, y la opinión selecta borraba con tachones de deshonra el nombre del poeta.

Aquel artista fué la gloria de su país, el maestro de su generación.

Los reyes lo tenían á su servicio para pintar sus alcázares. Los magnates soberbios padecían largas horas de esclavitud inmóviles ante el caballete, para legar después sus retratos á los sucesores. Obispos y comunidades religiosas pedían á su pincel cuadros para iglesias y conventos. Nadie sabía como él representar con caracteres altivos ó con unción mística la majestad, la grandeza, la divinidad: el poder de la tierra y el poder del cielo.

Y era á veces un bandido, un estafador, un tramposo, un borracho.

Y la sociedad contemporánea que lo sabía, restaba de sus méritos tales deméritos; y la gente que se acercaba con arrobamiento á sus obras, huía con miedo ó con asco del hombre.

Aquel orador fué el ídolo de su patria, el rayo de las revoluciones, el espanto de los déspotas, el mejor general de los ejércitos. Encendiendo con sus arengas inflamadoras el valor de los soldados, su voz valía más que el tronar de cien cañones. Conmovía y agitaba á su antojo á las turbas. El las levantaba en tormenta rugidora, como el soplo del huracán encrespa los mares, y él las sosegaba de

improviso, como la presencia del águila hace callar el alborotado vocerío de los pájaros en el bosque. Derribó instituciones, cambió leyes, refrenó anarquias. Lo era todo, lo podía todo en su pueblo sometido, absorto y hechizado ante la magia de la elocuencia.

Pero solía venderla al mejor postor y al provecho de las circunstancias. Su elocuencia no era vocación de artista, sino oficio de especulador con la palabra por instrumento. No sentía la elocuencia como un apóstol; la profesaba como un abogado de buenas y malas causas, que así defiende al criminal abominable como al inocente perseguido.

Y la sociedad contemporánea, que no hallaba al varón bueno que ha de vivir detrás del orador para su prestigio y garantía, le admiraba sin estimarle y le seguía sin quererle.

Murieron aquellos gigantes. Murieron los coetáneos, los que conocían las intimidades, los que miraban de cerca, los que veían claramente la mancha negra, la resquebrajada toska. Vino la nueva generación. Fueron borrándose los rastros fangosos, apagándose las murmuraciones, perdiéndose las menudencias y disolviéndose las historietas en la historia; que la historia es como monstruo de fauces estrechas: se traga lo pequeño y nos devuelve lo grande. Remota, cada vez más remota, se achica aquella sociedad innominada, muerta y convertida en polvo de sepulcro.

Y entretanto van creciendo las altas figuras, lavadas por el curso del tiempo, de igual modo que el agua corriente suaviza y pule la piedra.

¿Quién se acuerda ya de los agios y prevaricaciones del gran estadista, ni del pasajero daño que hizo enriqueciéndose, junto á la prosperidad y riqueza que derramó sobre su país?

¿Quién se acuerda ya de las desventuras conyugales del héroe traicionado, ni qué son las burletas de aquellos cortesanos maldicientes, junto á las bendiciones con que la posteridad conmemora tantos triunfos y conquistas?

¿Quién se acuerda ya de los vicios y bajas truhanerías del poeta, ni de los magnates orgullosos que le despreciaban, hoy enterrados en perpetuo olvido, mientras los versos y el nombre glorificado del vate perduran y resuenan vivos de generación en generación?

¿Quién se acuerda ya de las trampas, miserias y ruindades del artista junto á sus cuadros portentosos, ni quién de la inconstancia, flaquezas y traiciones del orador, leyendo hoy las maravillas de sus discursos?

¿Quién preguntó cómo fueron, sabiendo lo que dejaron? ¿Qué importa hoy su honor personal? Eso es útil para los que con días contados viven para la casa, para el amigo, para el vecino: inútil para los que han de sobrevivir en una posteridad desconocida. Cuando el hombre, por su grandeza, se convierte en estatua, no pueden roer ni vivir en ella los gusanos que vivieron en la carne mortal.

La tierra de la sepultura es un filtro: al lado de acá, en el mundo, quedan las impurezas del hombre: al lado de allá, á la posteridad, pasa sólo el espíritu purificado.



GUERRA RUSO-JAPONESA: Asalto de las trincheras rusas en Kin-Chau, por las tropas del General Oku

EL SAPO

**

¡Llégate á mí, buena y valiente bestia; jardinero sin rival! Háblame de la huer-ta que vigilas, de las legumbres que guar-das y de los frutos que proteges: ¿cómo van tus fresas y tus lechugas; cuántas ba-bosas ávidas y gusanos destructores te has tragado esta mañana?

No te he visto al pasearme por las lar-gas avenidas, porque te ocultas bajo la es-pesura de las acederas y las hojas de col, como la violeta entre el musgo de los bosques.

Tú eres tan modesto como benéfico, ¡oh mi querido sapo!

En cambio de los servicios que prestas al hombre, él te desprecia, huye de tí, ó te tortura, te lapida como á un mártir, te empala como á un criminal.

¿Por qué tales persecuciones y tales odios? Se pretende que eres horrible: Yo te en-cuentro encantador. Tu marcha es tan su-aue que podría creérsete calzado de caucho cuando te paseas, con el aire bonachón de un tranquilo propietario, por las verdes avenidas bordeadas de perifollo y de pim-pinela.

Yo amo tus ojos de oro, tu mirada me-lancólica y profunda vuelta hacia las es-trellas misteriosas como si, pobre desterra-do, buscaras alguna patria en el cielo.

Cuando saboreas una fresa, percibo la ex-tremidad de tu lengua glotona; y si pillas algún insecto, admiro tu paladar, forrado de satén rosa.

Estás vestido de sayal, como el proleta-rio de los campos, y tienes verrugas en las mejillas. Eso ¿qué? Cicerón también las tenía. No, no eres feo, te lo aseguro. Son las ranas habladoras las que han hecho co-rrer ese rumor, ¡oh mi querido sapo!

Se te acusa de ser venenoso; y acá para inter nos, la cosa no es imposible. ¿Pero es que la saliva del hombre no es también venenosa? Por lo demás, tú no tienes agui-jón ni dardo; ¿cómo podrías, pobre ino-cente, morder ó picar? A fin de cuentas, no eres más que un envenenador de broma.

Se te acusa de ser hechicero: ¿qué ne-cedad! Se pretende que, mágico diabólico, te complaces en interrogar á los astros, como un astrólogo de los tiempos de Ca-tarina.

No hay nada de eso. Después de un día de labores de horticultura, sales á tomar el fresco al borde de tu agujero, y llamas á tu querida compañera, lanzando á los ecos del valle tu nota melancólica. No eres más que un enamorado tierno y fiel, ¡oh mi querido sapo!

Se te acusa de dañino, á tí, la provi-dencia de los campos y de los jardines. ¡Vamos! ¿no hay cerca del jardín de plan-tas en París, un mercado de sapos, como hay en diversos barrios mercados de flo-res?

En grandes toneles estáis allí, nadando, hormigueando, palpitando, soplando, escu-ririendo, millares de sapos escogidos, flor fina y tesoro de la raza.

Venís, unos de la Provenza y del Li-mousin, otros de Anjou, del Berri, de la Auvernia. Pero todos jardineros, todos va-lientes agricultores.

De esos toneles, iréis mañana á proteger las verdes platabandas de Bélgica, las ri-sueñas huertas de Holanda, los frescos jar-dines de Inglaterra. Allá vais á envejecer respetados y serán benditos vuestros servi-cios agrícolas; aquí por el contrario, se os mata á pedradas.

Ninguno es profeta en su tierra, ¡oh mi querido sapo!

**

Tu nacimiento, como el de muchos ge-nios, es oscuro y miserable.

Naces renacuajo, monstruo diminuto de cola bizarra, de cabeza enorme y grotesca. Pero pronto, cambiando de nombre y de existencia, te truecas en un sér nuevo, y de un salto, te elevas á una esfera supe-rior.....

Tu cuerpo aumenta, se alarga, se mode-la; tu piel se hincha, tus piernas brotan, nacen tus brazos, tu cabeza parece des-prenderse de ese cuerpo haraposo y trans-figurado, y mandas tu cola á todos los diablos.

De pez, te haces reptil; de herbívoro, carnívoro; de acuático, anfibio, y, en esa admirable transformación efectuada en ple-no día, en pleno sol, conquistas un se-gundo elemento: la tierra!

Pero no todo el mundo puede llegar á sapo. ¿Cuántos renacuajos, menos privile-giados, se quedarán y morirán renacuajos!

Non licet omnibus adire corintum, ¡oh mi querido sapo!

**

Algunas veces, de en medio de una pie-dra quebrada, se te ha visto, nuevo Lá-zaro, salir vivo, con la piel temblorosa y y el gran ojo abierto.

¿Cuántos siglos hace que dormías en tu celdilla misteriosa? ¿Naciste acaso en esa tumba? ¿Qué mano desconocida selló tu calabozo? ¿De dónde vienes? ¿Cómo te encuentras allí y desde cuándo dura tu cautividad?.....

Un día unos sabios se apoderaron de tí,



y, ¡cruel experimento! te emparedaron en una roca.

¡No era eso, pobre enterrado vivo, condenarte al suplicio de una muerte horrorosa?

Pues bien: veinte años después, cuando tu prisión fue rota, te lanzaste, rozagante y alegre á buscar un insecto y un rayo de sol.....

Y cuando llegó la noche, espontáneamente volviste á entrar en tu celdilla y á dormir otros veinte años.

¡Qué pensar! La ciencia sorprendida, incierta, duda, admira, y busca todavía.

Y debido á la ignorancia de los hombres, sigues tú siendo un prodigio, ¡oh mi querido sapo!

Y entre tanto se te martiriza.

Cuántas veces te he encontrado al borde de un camino, agonizante y convulso, en el extremo de una estaca clavada en el suelo, como una cruz.

Durante largos días agitabas en el vacío tus patas rugosas y trémulas, como si nadases en el aire; abriendo tu boca seca y cerrando á medias tus ojos dorados de mirada casi extinta.....

Y el pasajero bobalicón reía de tus convulsiones horribles; y crueles muchachos, armados de piedras, te tomaban por blanco y lapidaban tu agonía.

Es así, sapo querido, cómo en esta tierra de ignorancia y de ingratitud, constituyes, todo un pueblo de pobres bestias, incomprensibles y perseguidas.

La misma mano que te apedrea, es la que arroja á las llamas al bienhechor murciélago, y clava al desdichado mochuero, vivo aún, en la puerta de un estable.

Esa mano jamás hará el bien, ¡oh mi querido sapo!

FULBERT-DUMONTEIL.

LA VISION DE CYRANO

Para Fernández García

La última visión de Cyrano al dejar el mundo, no fue, como se ha dicho, una rosada visión femenina.

Cuando de Cyrano huía la existencia, cuando su noble existencia agonizaba bajo un golpe innoble, ante las pupilas visionarias del Gascón pasó una figura extraña, lamentable, risible á los ojos de cualquier hombre equilibrado.

Vió, en una llanura blanca, soleada y polvorienta, sobre un vocín huesoso y de pasos tardos, el lanzón en actitud agresiva, á un hombre largo, armado de armas herrumbosas. Sombras grotescas se agitaban en la llanura polvorienta. Aspas de molino braceaban por todas partes vertiginosamente.

El caballero, de vez en cuando, arremetía. Pero el lanzón se caía de la mano y el rocín, espoleado, apenas trotaba.

Y las sombras se le ponían por delante, desafiantes, y las aspas de molino giraban con mayor furia.

El Gascón veía aquélla y una fuga de ideas pasaba por su cerebro en fiebre. En aquel espectáculo se contemplaba. En aquella impotencia veía su propia impotencia ante la agresión canallesca.....

Y cuando la última luz de sus ojos cayó sobre el espectáculo como un crepusculo, ya el caballero se perdía en un horizonte más blanco que la blanca llanura. Lo vió perderse

á lo lejos, lentamente. Una llama triste le fingió la herrumbrosa armadura. Lo vió perderse como una llama triste.

Sobre el horizonte, se destacó un instante el lanzón, como un brazo escuálido implorando á lo alto.

Y Cyrano sintió que una lluvia de lágrimas apagaba la poca lumbre de sus ojos.

Recordó! Aquella sombra lamentable era, sin duda, la buena sombra del buen Alonzo Quijano, alma de caballerías sublevada contra los agravios del mundo—la sombra del Manchego, su hermano mayor en andanzas.....

CARLOS PAZ GARCIA.

REVISTA DE REVISTAS

COSTUMBRES: Un viajero del siglo XVIII.—**CIENCIAS NATURALES:** La prosperidad americana amenazada por un insecto.—**LITERATURA:** La refinación del estilo.—**PSICOFÍSICA:** Los orígenes de la risa.—**GEOGRAFÍA HISTÓRICO-FABULOSA:** Los viajes de Ulises y la existencia de Homero.

COSTUMBRES

UN VIAJERO DEL SIGLO XVIII.—Hacer un viaje de Copenhague á París en el siglo XVIII no era cosa baladí. Claus Seidelin, hijo de un boticario dinamarqués, lo emprendió en 1722, consignando sus impresiones en un Diario sincero que ha sido encontrado por la Sociedad danesa de Historia, y del que la señora Remusat extrae en la *Revue Bleue* algunos curiosos datos.

En Berlín, donde vivió dos años, Seidelin vió varias veces al rey Federico Guillermo I, recogiendo informes curiosos sobre su modo de vivir. Como residía en Potsdam, no tenía mesa en la capital, y salía del paso invitándose á comer en casa de un embajador, de un ministro ó de un general; en su palacio de Potsdam su comida no podía ser más sencilla, gustándole sobre todo las coles, el tocino y los guisantes secos; nunca comía postre; pero para la reina y las princesas se ponía un plato de bizcochos. Un día, en una calle de Berlín, vió Seidelin al rey hurgar con su bastón en un montón de basura, sacar de él un paquete de horquillas, y hacer señal á una criada que pasaba para que lo recogiera. Otra vez vió al soberano á caballo seguido de dos pajes; de pronto se cayó una herradura, y el rey saltó á tierra, cogió un guijarro, y mientras un paje tenía sujeta la pata del caballo, él clavó la herradura.

En ocasiones, sin embargo, Federico Guillermo sabía salir de su tacañería: para recibir á su suegro, Jorge I de Inglaterra, hizo vestir de nuevo á los gendarmes prusianos y ajustó 21 pajes y 40 lacayos, para quienes mandó hacer ricos vestidos de terciopelo azul bordados con trencillas de oro; hizo además venir del extranjero cantores de ópera, y sacó de las cocheras los soberbios carruajes que no habían salido de ellas desde el reinado de Federico I; pero en cuanto el rey de Inglaterra se marchó, todo volvió á su sitio: los pajes y lacayos fueron despedidos, y sus trajes vistosos guardados para otra vez.

Los famosos granaderos del rey excitaban la admiración de Seidelin por su estatura; el más alto de todos era Jonás, un noruego. Seidelin le visitó como paisano, y pudo comprobar que le cabía la mano entera en uno de los dedos del guante del gigante. Un día, en un acceso de mal humor, el coloso oprimió entre sus piernas á un joven y le mató, sin que

nadie se atreviera á castigarle. El rey le protegía por ser la mejor pieza de su colección, aunque, como tenía las piernas torcidas, había ordenado á sus médicos que se las trituraran hasta ponerlas derechas.

El procedimiento empleado para repoblar el Brandeburgo no pudo ser más expedito: el rey mandó reclutar, á la suerte, en los pueblos, solteros y solteras en edad de casarse, en número de 600 parejas; invitó á las jóvenes á escoger, y, una vez emparejados todos, los mandó á la provincia despoblada con orden á los pastores de casarlos en el acto. Las chicas, dice Seidelin, iban todas risueñas y contentas; pero la mayor parte de los hombres lloraban y parecían condenados al patíbulo; dos chicas de Berlín se presentaron al rey ofreciéndose espontáneamente á marchar si el rey las casaba con dos comerciantes de su gusto que nombraron; el rey hizo llamar á los comerciantes, y les obligó á casarse con aquellas muchachas; con este ejemplo, todos los jóvenes de Berlín se echaron á temblar, y «yo mismo—dice Seidelin—tuve mis temores; por fortuna, el rey se marchó, y todos se tranquilizaron».

CIENCIAS NATURALES

LA PROSPERIDAD AMERICANA AMENAZADA POR UN INSECTO.—Una de las grandes producciones de los Estados Unidos es el algodón, del que sacan por valor de 2.500 millones de francos anuales. Un insecto, un coleóptero, el *boll weevil*, del tamaño de una cabeza de alfiler, amenaza la existencia misma de la producción algodoneira, y en sólo un año, el pasado, ha hecho perder á los Estados de Tejas y Luisiana por valor de 250 millones, la décima parte del producto de tan rico cultivo. La alarma es grande, y sabios y políticos, agricultores y sociólogos se preocupan de la gravedad del mal y de los medios de atajar al terrible insecto en su campaña destructora.

Los trabajos llevados á cabo por el Negociado de Entomología han dado por resultado el hallazgo de otro insecto, un himenóptero, la hormiga roja de Guatemala, única capaz de exterminar la temible raza de los weevil. Dondequiera que una de estas hormigas se encuentra con un weevil, le echa encima la garra, y, como dice el doctor Roux en la *Revue*, le hunde sus mandíbulas en la cabeza y lo destruye; tiene la hormiga á su favor el tamaño, la fuerza y la agilidad; el weevil sólo puede defenderse con su trompa, y si se escapa, la hormiga lo atrapa de un salto y lo mata. No lo come, sino que, cual si quisiera proteger á la planta, agarra el cadáver del weevil, y no lo suelta sino á la larga distancia del algodoneiro; entonces lo desgarró con furor, y lo mismo hace con sus larvas, sin dejar una. Según parece, la hormiga gusta del jugo melífero del algodón, y ésta es la causa de su hostilidad al weevil; como éste destruye la planta, la hormiga la defiende con ardor como un bien propio.

El profesor Cook, convencido de que el único medio de salvar la producción algodoneira es oponer un destructor al weevil, pues la Naturaleza ha creado siempre un defensor contra quienquiera que pone en peligro sus productos, empezó á hacer averiguaciones y experimentos, y entonces supo que en Guatemala, las plantaciones de algodón, aunque atacadas por el weevil, se defendían perfec-



BARQUISIMETO: Colegio Hispano—venezolano. — Fotografía de H. H. González

tamente gracias á la intervención de las hormigas rojas. Comprobados los hechos, Cook ha hecho recoger cierta cantidad de hormigas rojas para transportarlas vivas desde Guatemala á Tejas, y los insectos salvadores han sido expedidos al Negociado de Entomología en cajas de estaño perforado, con fragmentos de azúcar de caña para alimento de las hormigas. Pronto, pues, entrarán en lucha con los weevil y se dará la gran batalla, no menos interesante que la que pueda darse en la Manchuria entre rusos y japoneses.

La hormiga roja vive como sus congéneres en familia, y se defiende durante el invierno en galerías subterráneas bastante profundas, donde hace sus provisiones; tiene gran resistencia, pues puede vivir doce días privada de todo alimento. Como todas las formicidas, se dividen en obreras ó ápteras estériles, hembras reproductoras y machos; las fecundas sólo viven el tiempo necesario para asegurar su obra, y como son en número menor, tardará algún tiempo en haberlas en cantidad bastante para entablar la lucha en gran escala, tanto más cuanto que su alimentación ha de exigir algunos cuidados.

El weevil es una especie de pulgón que apenas se ve cuando hunde su trompa en el algodón para chupar su savia. Podría aniquilarse con el azufre como á la filoxera, si la hembra no se introdujese

en la misma planta para poner allí sus huevos, lo que hace que no pueda emplearse para la destrucción del insecto ningún medio que no destruya al mismo tiempo la planta misma. El weevil, por otra parte, es de una fecundidad prodigiosa: una sola pareja puede producir hasta diez millones de individuos en una sola estación, lo que explica la rapidez de la destrucción de las más ricas plantaciones.

Conocidas las famosas hormigas de visitas que entran en las casas formadas en orden de batalla para devorar ratas, ratones y cucarachas, y á las que debe la Guayana holandesa haberse salvado de esta plaga, habrá que cantar otro elogio más á las hormigas, merced á las rojas de Guatemala, si logran salvar la producción algodona.

LITERATURA

LA REFINACIÓN DEL ESTILO.—Huysmans hace notar cuán ignorante es el hombre de cultura media en todo lo que concierne á la técnica artística, y la estupidez particular doctrinal y pomposa conque emite sus juicios personales; esta estupidez enorme en pintura y en música, es desmesurada, imprudente y grotesca en literatura, y, «jamás,—añade—convendrá nadie en que es completamente inepto para apreciar el arte literario, que es, sin embargo, el más complicado, encurrido y altivo de todos».

No hay que forjarse ilusiones—dice en la *Revue Bleue* Miomandre—sobre la extensión de la vulgarización intelectual en Francia. Al ver en los escaparates de las librerías esa avalancha inagotable de libros, periódicos, revistas y publicaciones de arte, se imagina una multitud inmensa de lectores; al ojear cualquiera de esos volúmenes, repletos de hechos y de documentos, se creería en una adquisición intelectual universalmente suficiente en todos, y muy especializada en la mayor parte.

Eso precisamente es lo que engaña: el documento, el hecho, la necesidad de producir apresuradamente, han matado el cuidado de escribir bien, después de haber suprimido tiempo ha el de bien leer. Hoy se devora indistintamente lo succulento, lo substancial, lo pimentado, lo desleído, lo inmundo, todo. La asimilación se hace como se puede, y el primero que se resiente es el paladar, que se estropea.

Frente á los misterios del estilo, un hombre de educación media está poco más ó menos en la misma posición que el vulgo ignaro. Ambos experimentan la misma indiferencia, y ninguno de ellos sabe que cada frase tiene una construcción propia que ha podido costar horas de trabajo y de sufrimiento tras largos años de lectura y de aprendizaje; todavía no han perdido el prejuicio de que el es-

critor dice lo que siente, como si de su pluma brotaran las frases como el agua de una fuente. El primero ha leído Flaubert, pero se admiraría tanto como el segundo si se le dijera que en *Madame Bovary* hay algo más admirable que la profundidad de sus psicologías.

Hasta el siglo de Luis XIV la lengua francesa era como un jardín pintoresco y espeso, lleno de toda clase de esencias y de flores; pero después de Malherbe se convirtió en un parque ordenado y frío, con calles simétricas y boscecillos sin misterios; el odio al neologismo y al arcaísmo, y la fijación de la sintaxis, acabaron aquella tarea eliminadora, en virtud de la cual cada escritor sólo podía disponer, para aderezar sus composiciones, de algunos cientos de flores, sin matices ni perfumes demasiado fuertes. Aquella lengua, seca y precisa, es admirablemente adecuada para la expresión filosófica, pero todo el dominio de lo pintoresco la está vedado; y si a veces, como en el *Télémaco*, se aventura por él, parece como el eco lejano de una obra fuerte y vibrante. Fenelón, Lafontaine y Rousseau han sentido sin duda la naturaleza, pero ésta no ha suscitado estilistas antes de Chateaubriand, y aun en éste la verdadera emoción va velada por la excesiva magnificencia de la frase. Tras el Imperio, toda una generación se esforzó en borrar la falta de coordinación entre las angustias del pensamiento y del sentimiento, y los métodos para expresarlas; y mientras unos, como Lamartine, Musset, y Victor Hugo, sacaban de las antiguas formas el máximo de intensidad de efecto, otros, como Gautier, Nerval y Baudelaire, fueron los primeros en cultivar el arte por el arte, llegando a la cima de este refinamiento Flaubert y los Goncourt.

La complejidad de un cerebro contemporáneo no podría expresarse sino con mil dificultades, en una lengua fija y estrecha; conviene hacer entrar en ella todas las formas, empleando para cada caso la más adecuada, y utilizando para ello todos los recursos del vocabulario y todas las construcciones de la sintaxis, a fin de obtener el efecto de la mayor precisión y de la mayor armonía, encantando el oído por la sonoridad de la frase, y el entendimiento por la claridad diáfana del concepto. El pensamiento espera, desnudo en los limbos de lo desconocido y de lo informe, la caridad de un vestido visible con que presentarse. Sea el que quiera el esfuerzo de los que quieran recoger sus formas exactas, preciso es que las apliquen un tejido, por ligero y transparente que sea; y ahí entra lo exclusivamente subjetivo y personal del artista. Entre esos dos polos de la objetivación del mundo y de la subjetividad de su visión, oscila toda la generación modernista, inquieta, refinada é inteligente, atormentada por el afán de la belleza de la forma.

PSICOFISICA

LOS ORÍGENES DE LA RISA.—En la *Revue Bleue* acomete Vanlair la ardua tarea de reconstituir los orígenes de la risa. Del conjunto de las observaciones de Darwin debe deducirse que la mayor parte de los movimientos mimicos reflejos, tales como los de la sorpresa, la cólera, la desconfianza ó el miedo, derivan de movimientos ofensivos y defensivos, en otro tiempo voluntarios; pero, por rara excepción, la risa no figura entre esos movi-

mientos. ¿Cuál fué la mímica primitiva que se ha convertido en la risa actual?

El acto risorio es sin duda antiquísimo; pero cuando apareció, la humanidad probablemente era ya muy vieja. Para los primeros hombres, la lucha constante para satisfacer sus necesidades, la risa, era un artículo de lujo que no tenían ni tiempo ni medios de adquirir. Sus descendientes, agricultores y pastores, fueron más felices, conociendo nuevos goces y sintiendo la necesidad de expresarlos por un nuevo gesto, apropiado a tales satisfacciones: de ahí la aparición de la risa.

El músculo retractor de la mejilla fué el encargado de realizar el nuevo gesto á causa de la acción que ejerce sobre la comisura de los labios. Por eso se siente la tentación de asimilar la sonrisa, como quiere Gratiolet, á un esfuerzo respiratorio, como el que ejecutamos instintivamente cuando se mueve nuestro cuerpo en una atmósfera fresca y pura. En el fisiologismo de la risa no puede verse sólo, sin embargo, una respiración libre y feliz. De ahí que haya habido que recurrir á otras explicaciones más satisfactorias.

La imaginada por Cuyver no deja de ser ingeniosa: el mayor placer de los primeros hombres fué, sin duda, el de comer: de ahí un lazo mental entre el acto premonitorio de la alimentación y la idea de aquel placer, pasando el fenómeno de la dislocación de los labios á ser el signo emblemático de la sonrisa. Entre el movimiento inicial de la comida y el de la risa, no hay, sin embargo, identidad ni casi semejanza; es verdad que en ambos se entreabren los labios; pero mientras la sonrisa oprime éstos contra la arcada dentaria, se inclinan hacia delante cuando queremos atrapar un objeto que nos agrada; mostrar los dientes indica el deseo de morder, más que la alegría de vivir.

Piddrit había ya notado la semejanza de la sonrisa con «el rasgo de la dulzura»; en ambos las mejillas se aplican estrechamente contra la superficie de los dientes; pero aunque esta hipótesis se ajuste á los principios darwinianos, repugna admitir que una función tan secundaria haya podido servir de punto de partida á un fenómeno de tan alto valor como la risa.

Vanlair, por su parte, encuentra el origen de la risa en otra parte. ¿Qué se observa—dice—en los animales cuando se ven expuestos á un contacto peligroso? La célula del ambio recoge sus microscópicos pseudópodos; la anémona marina parece tragarse de un golpe sus flotantes tentáculos; el gusano se envuelve, el caracol se esconde, la araña y los coleópteros ocultan sus patas, el pavo real replega su plumaje, el erizo se hace una pelota, y el perro esconde la cola y arquea el lomo; en cuanto el peligro se aleja, el animal desarrolla de nuevo sus apéndices y siente un doble goce: el de la libertad reconquistada y el placer de saciar su apetito. Lo mismo pasa en el hombre con el temor y la alegría, y esas grandes irradiaciones motrices del placer tienen su equivalente en el acto de la risa. La risa facial queda con esto perfectamente explicada; los grandes espasmos reflejos que la complican son los que quedan sin explicación todavía; y para dársela, el biólogo alemán Ewald Ecker la busca en la utilidad de esos movimientos, aunque parece preferible el motivo

de la proporción entre la energía del excitante y la intensidad de la reacción, y tal vez el goce mismo del esfuerzo realizado. Sea lo que quiera de todas las hipótesis indicadas, la fisiología comparada nos permite señalar una fecha bastante precisa, no al nacimiento del acto risorio, sino á la fase inicial de su desarrollo embrionario.

Se ha dicho mil veces que la risa es propia del hombre, y nada es menos exacto. El caballo, provisto, como el hombre, de un gran cigomático, sonríe con expresión muy parecida á la humana; el perro posee un músculo risorio especial, y presenta á veces los signos de una hilaridad completa; el rictus de los animales y el del hombre han salido de la misma fuente, y existían virtualmente en un antepasado común. (1)

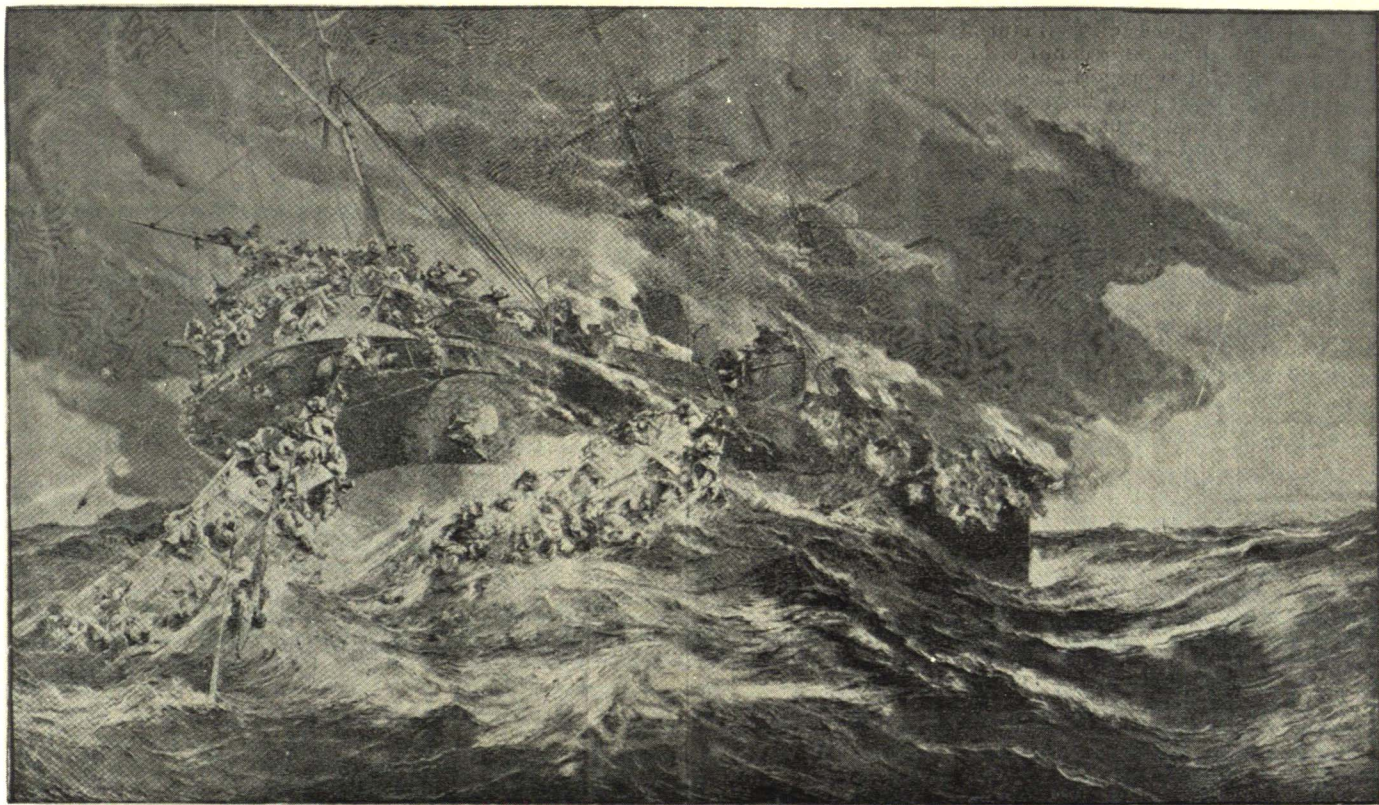
En cuanto á la causa próxima de la risa, aparece claramente en el cosquilleo, si bien el espasmo resultante de esta excitación difiere de la risa emocional en que mientras en ésta desempeñan un papel activo los órganos de la ideación, en aquella no, desarrollándose una sensación y no un sentimiento.

Es de notar que esta sensación es más bien desagradable, y tiene de anómalo que la experimentan con mayor intensidad las partes del cuerpo menos sensibles al tacto, como la planta del pie y los sobacos, en tanto que los dedos y las papilas de la lengua no la perciben siquiera, sin que se acierte á comprender el motivo de esta predilección, como es también otra anomalía que para que el cosquilleo produzca efecto necesita ejecutarlo otra persona, no siendo sensible si se hace cosquillas uno mismo. León Dumont explica la risa física como resultado de una emoción producida por la contradicción entre la previsión y el efecto; pero en la titilación del cosquilleo de los sobacos ó de la planta del pie no hay nada imprevisto, y, sin embargo, entonces es cuando la risa llega á su mayor exaltación.

Mejor definida parece la causa determinante de la risa emocional, que en el niño no es otra que una impresión agradable, y en el hombre el contraste entre dos actos inconciliables; la *vis cómica* no emana de la esencia de las cosas, sino de su yuxtaposición subjetiva incongruente; lo imprevisto de la colisión es lo que conmueve nuestras fibras risorias, y la oposición entre lo que debería ser y lo que es hace estallar la carcajada; basta para ello cualquier cosa, la repetición inesperada de una frase, la entonación conque se dice otra, una guiñada, una mueca, para que los nervios risorios se disparen. ¿Por qué nos reímos cuando vemos caer á una persona? Por el contraste también del hecho de la caída con el de la marcha, por lo imprevisto del accidente.

¿Cómo obra este elemento antilógico provocador de la risa? Según Dumont, de la duplicidad irreductible de las sugestion es resulta en nuestros centros psíquicos una conmoción violenta que despolariza el esfuerzo mental, obligándole á tomar otro curso y transformándolo en gasto de fuerza muscular; algo así como el rayo en que se resuelve el conflicto en-

(1) Dejamos á Vanlair la exclusiva responsabilidad de esta afirmación, que repudiamos por no admitir la existencia de semejantes antepasados comunes, y que, por otra parte, no se aviene con lo antes afirmado acerca de la aparición de la risa cuando el hombre llevaba ya siglos de existencia.



NAUFRAGIO DEL "AUSTRIA". — Por E. Isahay

tre dos nubes diversamente electrizadas. En la fisiogenia de la risa hay un elemento indefinible, un *quid ignotum* que escapa á toda investigación; y, como decía Voltaire, «se siente la causa de la risa, pero no se la analiza».

¿Quién puede decirnos, en efecto, por qué tal invención escénica nos hace reír á carcajadas, y tal otra, no menos ingeniosamente concebida, nos deja completamente fríos? ¿Qué tienen ciertas personas para que de ellas emane como una especie de fluido hilarante, haciéndonos reír su menor gesto, sin que quepa atribuir esta gracia á la alegría misma del sujeto, que generalmente suele ser triston, como los cómicos que más hacen reír, que son los que no se ríen nunca? ¿Por qué hay personas—la mujer, el niño, el meridional, el negro—que están siempre dispuestas á reír, y otras que jamás desarrugan su ceño? ¿Por qué cuando tenemos un disgusto nada nos hace reír, y cuando estamos contentos nos reímos por cualquier cosa? Se haría mal en creer que las causas de la risa se reducen á la colisión psíquica del contraste; hay risas que no proceden de este motivo: el instinto de la imitación nos hace también reír, como nos hace bostezar. La vista de una figura jocosa en un museo nos hace sonreír involuntariamente. Hay risas, sin embargo, que no son comunicativas, ya por su carácter sarcástico, ya por el timbre desagradable de la voz.

GEOGRAFIA HISTORICO-FABULOSA

LOS VIAJES DE ULISES Y LA EXISTENCIA DE HOMERO.—Victor Berard, con plausible iniciativa, se ha propuesto reconstituir los viajes de Ulises, y con envidiable entusiasmo y notorio cariño al asunto ha recorrido todos los países citados en la

Odisea, obteniendo fotografías y asuntos preciosos, y llegando á la conclusión, en su libro *Los Fenicios y la Odisea*, resumen de sus exploraciones y estudios, de que Homero no ha inventado nada, limitándose á poner en hermosos versos las exactas descripciones de países reales y conocidos.

El pensamiento de esta reconstitución y de la identificación de los nombres de lugares homéricos con los actuales era, indudablemente, noble y atrevido; pero para ejecutarlo, como dice con razón Frantz Funck-Brentano en *La Grande Revue*, se necesita un gran talento de observador, un espíritu crítico de primer orden y la menor cantidad posible de fantasía creadora, para estar siempre en guardia contra los espejismos de la imaginación. Y no son éstas, desgraciadamente, las cualidades que resplandecen en Berard, espíritu vivo y brillante, pronto á dejarse llevar de una impresión de momento, abandonándose á los arranques del entusiasmo con excesiva facilidad.

Véase, por ejemplo, cómo procede Berard para identificar la isla de Calipso con la del Perejil. «Ulises soporta sus males lejos de sus amigos, en una isla circundada de corrientes, donde se halla un ombligo del mar; en esta isla arborosa habita la hija del pernicioso Atlas, que conoce los abismos de todo el mar, y que es el único que posee las altas columnas levantadas entre el cielo y la tierra.» Según Berard, los helenos han personificado así el pilar celeste que los primeros navegantes descubrieron al extremo del mundo mediterráneo. A ese Atlas le dieron por hija una isla vecina, y descubierta el sitio exacto del Atlas homérico, que no es más que Gibraltar, basta buscar una isla que debe hallarse á

sus pies, y esa es la isla de Calipso, ó sea la actual isla del Perejil.

El razonamiento no es para convencer á ningún investigador concienzudo; pero veamos si las descripciones de Homero convienen á la isla del Perejil. «Hermes llegó al fin á la isla remota, donde en una gran caverna habitaba la ninfa de hermosos cabellos; todo al rededor había brotado vigorosamente un bosque de alisos, álamos y cipreses odoríficos, en cuyas ramas anidaban los pájaros del mar; á la entrada de la profunda caverna, una viña extendía sus robustas ramas con sus florecientes racimos; cuatro fuentes vertían en ella sus blancas ondas, próximas pero divergentes, y en torno había blandas praderas de perejil y de violetas, que un dios mismo hubiera admirado.» ¿Hay algo de esto en la isla del Perejil? Según Bonnier dice á Berard, no; ni viñas, ni bosques, ni fuentes, aparecen en la isla; hay en ella grutas y cavernas como en todas las islas, pero ninguna conviene con la descripción de Homero. Y así es todo lo demás.

Berard es de los que creen en la existencia de Homero, autor único de los poemas épicos de Grecia, apoyándose en la autoridad de Miguel Breal; pero Funck-Brentano la niega, siguiendo las opiniones de la crítica moderna, que estima que la *Iliada* y la *Odisea* son obras colectivas, como nuestro *Romancero* y como las *Epopéyas francesas*. Esos dos poemas han sido compuestos en una época en que Grecia no conocía la escritura; pero, aun admitiendo que los griegos conociesen ya los caracteres silábicos y hasta los alfabéticos, es seguro que su uso no estaba generalizado, y que si había artistas que supieran grabar lentamente inscripciones en piedras y monumentos, no se co-

nocia el medio de emplear corrientemente las letras para obtener obras literarias. Ahora bien: un individuo como el Homero legendario no era posible que escribiese los 16.000 versos de la *Iliada* y los 15.000 de la *Odisea*, con sus naturales correcciones, en unos tiempos en que no se conocía ni siquiera el pergamino. Ya es muchísimo conceder que un solo hombre haya sido capaz de concebir los dos poemas; pero que los haya hecho y reledado de memoria, es realmente inverosímil.

Admitamos, sin embargo, por complacer á los unitarios, el fenómeno inaudito de un autor que produce y retiene la *Iliada* y la *Odisea* sin escribir ni fijar de ningún modo más que en su prodigiosa memoria sus 31.000 versos. Ya tenemos á Homero con sus poemas en la cabeza. ¿Qué hace con ellos? Como la escritura no existe—por lo menos la escritura corriente y práctica,—hay que imaginarse á Homero recitando sus versos y rodeado de oyentes, que los aprendían de memoria para transmitirlos de generación en generación durante dos ó tres siglos. ¿Es eso concebible?

FERNANDO ARAUJO.

CONTRA LOS PERROS

(VERSIÓN DE EL COJO ILUSTRADO)

Confieso que me gusta la mayor parte de los animales; pero también declaro que he tenido siempre la más grande repugnancia por el perro, al que considero como el animal más abyecto de la creación. El perro es el tipo del animal arrastrado, sin altivez, sin dignidad, sin personalidad....

....Una dama *lloriquenta* y romántica, interrumpió mi diatriba, y díjome: —Ah! los buenos *tús tús*, con su mirada como húmeda y llena siempre de constante benevolencia. Si se quiere, eso es algo como un consuelo contra la maldad de los hombres, agregó la señora en tono lacrimoso.

No fue preciso más para sacarme de mis casillas.

Ah! los buenos *tús tús*, decís. Y los buenos tales *tús tús*, no pasan de ser unos despreciables mochuelos.

Pero, no se puede negar: el perro es amoroso y fiel, como todo el mundo lo sabe.

—¡Por Dios! Qué mérito puede haber en pegarse ó aficionarse al primer venido, únicamente porque se intitula el amo, ya sea éste buen mozo ó feo, festivo ó serio, bueno ó malo?

—Y sin embargo, sabemos de multitud de perros que se han hecho matar en defensa de su amo contra un bandido.

—Perfectamente; pero el mismo perro se habría hecho matar atacando al mismo hombre honrado en defensa del mismo bandido, si este bandido hubiera sido el amo, y si el hombre de bien no hubiera descargado su revólver sobre el animal.

El perro es un farsante bufón que se hace el *delicado* por muchas horas para que le arimen el mendrugo. Es un miserable, cobarde, que estrangularía un niño de pechos, á la más pequeña indicación de un vagabundo patrón.

Hace mucho tiempo, mucho, que mi excelente amigo el vizconde A. Bry

d'Abbatut, se esforzaba tesonosamente en disminuir mi horror por la raza canina. Decía él, que había en el fondo mucho bueno, mucho noble en el perro.

Y considerábase dichoso en poseer á á Medoro, un magnífico Terranova, que había visto nacer á uno de sus hijos, á Enriquito, y por quien Enriquito, digámoslo con franqueza, se habría dejado hacer picadillos.

—Cuando Medoro está junto á Enrique,—decía aquel cariñoso padre,—estoy tan tranquilo, tanto, como si tuviera á mi hijo en los brazos.

Pues bien; ¿sabéis lo que sucedió la semana pasada, en la gran posesión de mi amigo el vizconde A. Bry d'Abbatut, por esos lados de la Côte d'Azur? Nó?

Entonces, oídme.

El chicuelo Enrique, de tres años y medio ya, aunque tan pequeño, sediento de *sport*, encargó al carruajero del lugar, un cochecito y su correspondiente arreo y arneses, destinado todo al carricochito, para que lo tirara Medoro. Y Medoro, por su parte, parecía muy contento con esa combinación.

Pocos caballos, aun de los mejores, no se habrían comportado tan correctamente como Medoro. Si; pero un día que Medoro conducía á Enrique por un camino que corría paralelo con un río claro y profundo, se presentó un individuo del Piamonte, á quien se le ocurrió darse una zabullida en aquellas provocativas aguas.

No obedeciendo más que á su instinto atávico, no titubeó un segundo.

Y arrojóse al río el Terranova, con el cochecito y el infeliz Enrique....

Aquí tenéis, cómo el perro imbécil, por salvar á un aparecido á quien jamás en su vida había visto, y quien, por otra parte, ningún peligro corría, no hesitó, siquiera, en ahogar el hijo de un hombre que lo había puesto bajo su cuidado!

¡Ved, pues, lo que son los perros! ¡Ah! despreciables é inmundos animales!

ALFONSO ALLAIS.



UNA TUMBA MAS

El terrible soplo de fatalidad que azota estos días á nuestros hogares más distinguidos, acaba de arrebatar de entre ellos la vida de la señorita ISABEL MENDOZA MARTÍNEZ, perteneciente á una familia distinguida, cuyas virtudes le han conquistado el aprecio y el respeto de todos nuestros gremios sociales.

—La señorita MENDOZA MARTÍNEZ fue digna de su linaje por la alteza de sus prendas morales y por el ejemplo de su vida, consagrada á todas las solicitudes enaltecedoras.

El que estas líneas escribe, colaborador de esta Revista, presenta al Director de ella, hermano político de la finada, su más sentido pésame, que hace extensivo á los señores Juan L. y Simón L. Mendoza y á sus respectivas familias.

BODAS

El sábado ocho de los corrientes contrajeron matrimonio civil y eclesiástico los estimables jóvenes Nemecio Lander é Isabel Pérez.

El amor y la virtud son los genios tutelares del nuevo hogar; para esas jóvenes almas que han comulgado en los altares

de Himeneo la ventura abre sus doradas puertas y la flor del idilio, inmaculada y tierna, espira ondas de fragancias perdurables.

El joven Lander pertenece á una familia formada al amparo de un carácter bondadoso y enérgico. La señora Josefa de Lander, madre del joven desposado, vistió las negras tocas de la viudez cuando sus hijos daban aún los primeros pasos por los escabrosos senderos de la vida, y, esforzada y buena, supo enderezar sus tiernos renuevos hacia el honor y el bien, arraigando en ellos el amor al trabajo y el culto á la virtud.

La señorita Pérez, hija de nuestro distinguido amigo Francisco de Sales Pérez, heredó de sus padres las excelentes cualidades que son la egida de aquel hogar honorable, tabernáculo de puros afectos donde no habitan más que el dulce goce y la risueña armonía.

El Director de EL COJO ILUSTRADO hace votos por la felicidad del hogar que se establece hoy bajo tan bellos y favorables auspicios.

ANIVERSARIO

A principios de la presente quincena cumplió once años de existencia nuestro apreciable colega *El Pregonero*. Ardua y fecunda labor supone ese largo período de vida en el cual el estimable diario caraqueño ha trabajado infatigablemente por el bien de la patria.

Nos congratulamos cordialmente con el colega por tan fausto acontecimiento.

DOCTOR TEODARDO GONZALEZ

El fallecimiento de este distinguido ciudadano abre honda brecha en el seno de la familia venezolana.

El DOCTOR GONZÁLEZ durante su larga vida prestó útiles servicios á la patria y su nombre fue siempre pronunciado con respetuosa simpatía.

Duerma en paz el apreciable caballero y virtuoso padre de familia y reciban sus deudos el testimonio de nuestra sincera condolencia.

NUESTROS GRABADOS

José Austria

En otra página publicamos hoy el retrato de este distinguido colaborador y amigo nuestro. Los claros talentos del inteligente escritor caraqueño son dignos del homenaje que le consagra esta Revista.

Las voces misteriosas

El poste de hierro vibra como arpa eolia es el viento que azota el delgado alambre ó es algún mensaje que pasa? Mil voces vagas y misteriosas conversan á lo largo de la tendida red metálica y la confusa charla repentinamente armoniosamente cual las dulces notas de un instrumento fantástico en los enhiestos postes alineados, semeando gigantescas cruces, á orillas del camino.

Un gran escritor francés, Richepin, ha dicho en el delicioso idioma de la poesía cómo esas voces que pululan por el alambre de la vía pública, misteriosas y musicales, sugieren las más extrañas sensaciones.

Y pocos serán los que alguna vez no hayan aplicado el oído al poste de hierro vibrante y sonoro. ¿Es la brisa que modula sus fugitivas canciones ó es un telegrama que viaja?

El cuadro de Boyé copia de modo magistral una escena que á cada momento contemplamos: la curiosidad femenina recogiendo los intraducibles acentos del hilo telegráfico.

El Zar Joan el terrible

Este soberano ruso poseyó en grado eminentemente cualidades de conquistador y hombre de estado. La Rusia de otros tiempos le debe la construcción del Kremlin y el embellecimiento de muchas ciudades; pero como todo monarca absoluto, incurrió en errores que amenguan un tanto el brillo de su gloriosa memoria.

El artista Ssedow copia un episodio de la vida del Zar, episodio cruel donde entran en juego las tormentosas pasiones que agitan y conturban el corazón humano. El terrible Emperador acechando los sueños de su esposa es una tela que pinta con asaz elocuencia al demonio de la suspicacia, ese formidable demonio que mueve guerra a la voluntad más acerada y revoluciona el sentido moral, hasta el punto de que el hombre se convierta en espía.

Negro sale y gana

La naturalidad es la nota sobresaliente de esta hermosa pintura de Roseland.

Las figuras, admirablemente trazadas hacen adorable el asunto, que resulta de una sencillez encantadora.

Negro sale y gana, es como una expresión de júbilo triunfo que el pincel del artista ha trocado en bellísima luz para iluminar con ella la fisonomía de sus simpáticos personajes.

La naturalidad en el arte es la manifestación más verdadera de la belleza.

El médico de la casa

La escena es fiel: reproduce con mucha verdad la visita domiciliaria del médico, que todos hemos presenciado en alguna ocasión. El amable doctor ausculta al enfermito, y mientras pretende encontrar en el color de la lengua la clave de la ligera dolencia, los papás contemplan con sobresalto el rostro del físico y están pendientes del menor movimiento de sus labios como de un oráculo.

El médico de la casa sonríe al fin bonachonamente, regala al enfermo con una paternal palmadita, y la tranquilidad como rocío bienhechor desciende al ánimo de los buenos papás.

Una copla alusiva

La estrofa popular, picareza y alada, brota al compás de las acordadas notas y puebla el aire de epigramas buidos ó de frases eróticas, dulces y sentidas como canción de tórtola.

La doncella á quien va endilgado el delicoso arrumaco, baja los ojos castos y se ruboriza y se estremece cual una delicada sensitiva; el mancebo contra quien va derecha la pulla, arruga el entrecejo, palidece y mira al *cantaor* con ojos amenazantes; los expectadores sonríen y aplauden estrepitosamente.

La copla alusiva puede ser alimbarada, fragante y juguetona como ráfaga de abril y quemadora lo mismo que un látigo de fuego.

El regalo de los abuelos

El lienzo es de una trivialidad arrobadora.

La más adorable de las sonrisas entreabre los labios de los abuelos al ofrecer al hermoso bebé el pequeño juguete. La más sana alegría flota en el ambiente y el santo amor, el dulce afecto paternal, como una alba paloma agita dulcemente las alas y rompe en divinos arrullos.

En la pintura de Sánchez Solá todo es bello, expresivo y tierno y no parece sino que en ella vive y palpita el alma del hogar.

Del Extremo Oriente

Las fotografías que aparecen en el presente número reproducen sucesos de importancia, revistados ya por la prensa diaria de la localidad.

La destrucción de una batería rusa en la batalla de Liao-Yang es uno de los acaecidos

más sangrientos en el actual conflicto. Multitud de infelices soldados sirven de blanco al fuego de los cañones enemigos y caen destrozados como espigas que troncha el huracán.

Otra de las fotografías representa los cadáveres de rusos y japoneses antes de su enterramiento. La ambición y el odio los mantenía alejados hace poco, y ahora la gran niveladora, la muerte, les prepara un lecho común.

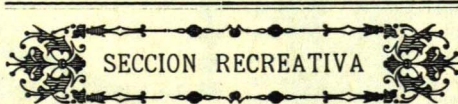
Naufragio del "Austria"

Este siniestro marítimo, de que ciertamente tendrán conocimiento nuestros lectores, causó grandes pérdidas de vidas é intereses materiales y produjo honda sensación en el mundo entero.

La pintura que ofrecemos hoy representa el momento trágico en todos sus detalles, tal como se la ha imaginado el numen fecundo del artista.

Barquisimeto

Los talleres de H. H. González, nos han favorecido con la fotografía del "Colegio Hispano-Venezolano," de Barquisimeto, que publicamos en otro sitio. Gustosos hacemos la reproducción de este acreditado Plantel de enseñanza larense.



El arsénico normal en el hombre

Los señores Armand Gautier, del Instituto, y P. Claussman acaban de presentar á la Academia de Ciencias de París un trabajo interesantísimo acerca del arsénico, considerado como elemento indispensable á algunos tejidos, en la economía normal del hombre y sobre su presencia en muchos órganos.

Los mismos sabios han comprobado que se halla en la carne de los mamíferos, en la de los peces, en la leche, el pan, las legumbres, las aguas potables y la sal marina, etc. Esta última, así como el vino, son las fuentes ordinarias de las cuales extraemos la mayor parte del arsénico que asimilamos. En París, cada habitante recibe por día en sus alimentos cerca de 20 milésimos de miligramo de arsénico, ó sea, 7 miligramos 66 por año.

Este arsénico se elimina por la caída del cabello, el corte de las uñas, la descamación epitelial, la defecación, etc.

Los autores de la comunicación son de opinión que en las experticias medico-legales importa tener siempre en cuenta las cantidades relativamente elevadas de arsénico que se hallan en algunos alimentos, peces, crustáceos, sal marina, vino, etc., y que no hay que olvidar la composición de la última comida del individuo sujeto á investigaciones *post mortem*.

«Nos parece más prudente, añaden, limitarse en general, en las experticias legales, á buscar el arsénico en los órganos en los cuales no existe normalmente ó solamente en el estado de indicios mínimos: el hígado, el bazo, el músculo y aun en las tunicas del intestino después del lavaje.»

Green, sin embargo, que la existencia observada de este metaloide en el contenido intestinal en cantidades aproximadas á un décimo de miligramo, no debe considerarse como arsénico alimental.

La inferioridad de la mujer

El profesor César Lombroso, al refundir y comentar los trabajos del gran neuropatólogo alemán Mœbio, enumera los argumentos de este sabio para demostrar la inferioridad mental de la mujer.

Tiene el cráneo más pequeño que el hombre, no solamente como medida absoluta, sino, al igual del niño, como medida relativa.

Es menos hábil en los trabajos manuales, puesto que en la costura y la cocina, el hombre que se dedica á ellas lo hace mejor.

Su moral no deriva del razonamiento, sino del sentimiento.

El amor y la abnegación la hacen realizar milagros, pero solamente en determinados casos tiene el sentido de lo justo.

Tiene la memoria vivaz, comprende con rapidez, y es por ello que siempre obtiene éxito en los exámenes, pero estas facultades no siempre son fieles á lo que promete. Será sabia, pero sin poder inventar nuevos métodos científicos.

Su inferioridad mental no deriva de la esclavitud intelectual á que se la tuvo sometida en otro tiempo, puesto que da pruebas de capacidad, de inteligencia, en música, en pintura, en medicina, etc. No se ha observado bastante que la frecuencia y la precocidad de la evolución mental de la mujer desaparecen con mayor rapidez que en el hombre.

A menudo, este adquiere su madurez intelectual más tarde que la mujer, pero se conserva por mayor tiempo. «La mujer, dice Lombroso, no tiene sino treinta años de vida completa.» Y el célebre criminólogo agrega: «Como la mujer es normalmente instintiva, arriesga menos penalidades que el hombre; en ella acontece como en el niño, y cuando comete un delito, un crimen, es preciso tratarla como á un enfermo mental.» sobre todo, cuando se trata de latrocinios, imputables á cleptomanía.

Lombroso da también, según Bischoff, el peso comparado del cerebro de la mujer y del hombre:

PESO	HOMBRE	MUJER
Maximum	1.925 gr.	1.565 gr.
Minimum	1.018 gr.	720 gr.
Medio	1.362 gr.	1.219 gr.

En el hombre, el peso alcanza su máximo entre los 20 y los 30 años; disminuye entre los 60 y los 70. En la mujer crece hasta los 20 años; declina entre los 50 y los 60.

Flores borrachas

Hoy no se espera á que las estaciones nos den flores, sino que se las arrebatada por la violencia ó con mafia. Los horticultores, tan sabios como ambiciosos, se ingenian para hacerlas florecer antes de tiempo, consiguiendo una floración multicolor y embalsamada.

Los medios que ponen en planta son tan numerosos como variados; pero uno de los más frecuentes consiste en emborrachar las flores; sí, emborracharlas como á simples caballos de carreras.

Se encierran, por ejemplo, lilas en sus tiestos en cajas bien cerradas, donde con anterioridad se ha colocado un recipiente con éter. El líquido se volatiliza, y treinta y seis horas después las lilas conocen «el comunicativo calor de los banquetes.»

Si se les riega en seguida con agua fresca y se les encierra en un invernáculo caliente y húmedo, las lilas florecen al cabo de quince días, dando magníficas flores.

No todas las plantas admiten semejante tratamiento: la rosa, principalmente, es refractaria á él. Ella, que presidía en otro tiempo los festines, no quiere conocer la borrachera.

Una isla de mujeres

Hay en las Indias occidentales, desde los tiempos de Colón, una curiosa leyenda, según la cual existe en el mar Caribe una isla habitada exclusivamente por mujeres.

Los indígenas de cierta isla de las Antillas, exterminados mucho tiempo ha, no encontraban conveniente tener cerca sus mujeres en tiempo de guerra, á causa de la costumbre general de que los vencedores se llevasen á las jóvenes más bonitas de los pueblos ven-

cidos. La posibilidad poco agradable de perder todas las mujeres de la tribu, fue evitada por los jefes ordenando que el elemento femenino pasase á aquella isla desconocida. Según la leyenda, el terreno de dicha isla está regado por poéticos arroyuelos, que murmuran entre bosquecillos de mangos y plátanos, formando un paisaje ideal.

Los maridos y novios sólo podían ir á la isla dos veces al año, en tiempo de paz.

Una lucha sangrienta entre varias tribus, ocasionó la completa destrucción de la que había tomado aquellas precauciones, y luego nadie ha podido averiguar dónde se encontraba aquella isla de mujeres. Según parece, hasta Colón hizo esfuerzos por encontrarla y no pudo lograrlo.

El pasado y el porvenir de nuestro globo

La Tierra, lo mismo que todos los demás planetas y sus satélites respectivos, fué en otro tiempo un cometa que vagaba por el anchuroso espacio. Así lo afirma la nueva teoría que un geólogo norteamericano, Bursley Taylor, acaba de presentar al mundo sabio.

Todos estos cometas que hoy conocemos como planetas, fueron penetrando sucesivamente en la zona de atracción del Sol, y quedaron sujetos á una órbita determinada, y al mismo tiempo nuestra Luna y los satélites de Marte, Saturno y Júpiter, también cometas en aquel entonces, eran atraídos por estos planetas y pasaban á ocupar sus actuales posiciones.

Supone Mr. Taylor, basándose en una porción de razones, que en el sistema solar no hay sitio más que para un número determinado de planetas, estando cada uno obligado á girar en una órbita situada á una distancia fija, porque sólo en esta órbita puede poseer la estabilidad necesaria. Si un nuevo planeta apareciese en nuestro sistema bajo la forma de un cometa enorme, tendría que empezar sus giros en el punto de estabilidad más próximo al Sol, que es el que ahora ocupa Mercurio. Entonces este último pasaría á la órbita de Venus, Venus á la órbita de la Tierra, la Tierra á la de Marte, éste á la de Júpiter, Júpiter desalojaría á Saturno, éste haría lo propio con Urano, y Urano, pasando á la última órbita, enviaría á Neptuno á paseo, es decir, á vagar de nuevo por el espacio como un nuevo cometa.

Podría darse el caso, sin embargo, de que Neptuno, expulsado del sistema solar, volviese á penetrar en él pasado algún tiempo, ó bien iría á meterse en otro sistema. En el primer caso, lo mismo que si un segundo cometa penetrase en nuestro sistema, los cometas actuales se alejarían un paso más del Sol. A la quinta vez que ocurriera el hecho, sería la Tierra la expulsada del sistema, después de haber ido saltando de órbita en órbita y alejándose más y más del Sol. La única esperanza que entonces le quedaría á nuestro globo, transformado en cometa por obra y gracia de la teoría tayloriana, sería la de volver al sistema y ocupar la primera órbita, la que ahora recorre Mercurio.

La teoría no puede ser ni más sencilla ni más bonita; recuerda el escalafón del ejército, con la diferencia de que aquí los grados más bajos son los preferibles; pero para los miseros mortales no es muy halagüeña, pues como quiera que la Tierra ocupa hoy la posición más conveniente para nuestra vida y la de todos los demás seres orgánicos, un cambio de órbita bastaría para hacer del planeta un mundo deshabitado.

Pasando de los planetas á sus satélites, Mr. Taylor da varias razones para explicar la variabilidad de su número. Júpiter puede soportar cuatro ó cinco en virtud de su gran volumen; Saturno, que sobre ser de bastante tamaño se encuentra muy lejos del Sol y de su influencia atractiva, posee ocho ó nueve lunas; Marte ya no puede permitirse más

lujo que el de tener dos, y nuestro planeta sólo cuenta con una, aunque bastante gran y hermosa, felizmente para los amantes del romanticismo. Venus y Mercurio no pueden tener satélite alguno.

El día que se confirme la hipótesis del geólogo americano, cuando la tierra pase á la órbita de Marte, Venus ocupará nuestro puesto y ya podrá tener su correspondiente Luna, que por ahora debe ser objeto de la envidia de todos los astrónomos que vivan en dicho planeta.

Mr. Taylor asegura que cuando el Sol no tenía más que cuatro planetas, que eran Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno, un verdadero torbellino de cometas cruzó el espacio, penetró en nuestro sistema y empezó á girar vertiginosamente en torno del Sol. Una parte insignificante de aquel ejército de cuerpos sidéreos dió lugar al anillo de Saturno, y del resto nacieron los asteroides que más adelante formaron, condensándose, Marte, la Tierra, Venus y Mercurio.

Ahora cabe preguntarse: ¿Cuál será el cometa que ha de entrar en el sistema solar y hacernos dar un salto hasta la órbita de Marte? Según el inventor de la teoría, el cometa de Encker, que parece se está ya preparando para meterse entre el Sol y Mercurio, y al cual debemos mirar desde ahora con cierto recelo, como enemigo que es del porvenir de la humanidad.

Pero no haya miedo; por bien ideada que esté la teoría que muy á la ligera acabamos de exponer, parece que hasta la fecha sólo ha servido para hacer reír á los mismos compatriotas de Mr. Taylor. El profesor Serviss, astrónomo americano de justa fama, ha manifestado que ni en el cometa de Encker se observan indicios de que vaya á quitar á Mercurio de su sitio, ni en las hipótesis del geólogo puede verse otra cosa más que un trabajo muy entretenido, pero en manera alguna digno de ser tomado en serio por ningún astrónomo.

Sin embargo, por si los hechos supuestos resultasen algún día ciertos, bueno es que estemos preparados para recibir, aunque sea á disgusto, al cometa que ha de introducirse primeramente en nuestro sistema planetario.



LA HERMOSA NIÑA RENÉ GONZÁLEZ, que estuvo gravemente afectada por una bronquitis aguda y gracias á la **Emulsión de Scott** se encuentra ya bien.

Como lo más necesario para la vida es la salud, cada cual debe procurar los medios de adquirirla. Los mejores síntomas de una salud perfecta son: buen semblante, robustez y fuerzas. Con la **Emulsión de Scott** se consigue todo esto, pues es un alimento importantísimo y una medicina heroica que regenera los organismos debilitados, purificando y enriqueciendo la sangre.



Con buen éxito y en gran escala he venido haciendo uso durante muchos años de la excelente preparación denominada Emulsión de Scott, notando que, en muchas enfermedades, como en la tuberculosis, escrófula, etc., y sobre todo en la infancia da resultados superiores á los que se obtendrían con cualquiera otra preparación de su género.

DR. JUAN N. CAMPOS,
President del Consejo de Salubridad,
en Toluca, México.

De venta en las Farmacias y Droguerías.

SCOTT & BOWNE, Químicos, NUEVA YORK.

De sobremesa

Háblase de un escritor muy bondadoso.

—¡Qué hombre tan amable!—decía uno.—No se incomoda nunca y es incapaz de causar daño á nadie.

—Y es tan escrupuloso en eso—dice otro,—que ha renunciado á castigar su estilo por no hacerle daño.

Un borracho, á quien su mujer reconvenía por el feo vicio de beber, contestaba severamente:

—Calla, mujer, que nunca hará el hombre tanto daño al mundo bebiendo como la mujer comiendo; si no, acuérdate de Adán y Eva.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado
El remedio más eficaz para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO** más recientes y antiguas las **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS** las **BRONQUITIS CRÓNICAS**
L. PAUTAUBERGE, 94, Rue Lacaze, París y LAS PRINCIPALES BOTICAS.
Desconfíase de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

EXAMINSE LAS VERDADERAS PILDORAS PURGANTES
Estas pildoras con base de Extracto de Elixir del Dr. GUILLIE, se emplea con éxito en las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebres Palúdicas, y Perniciosas, la Gripe, ó Influenza, y todas las enfermedades ocasionadas por la Bilis y las Fiebras.
Depósito General, Dr. Paul GAGE Hijo, 1^{er} de 1^a cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, París y en todas las farmacias
DEL DR. GUILLIE

LINIMENTO GENEAU para los CABALLOS

Solo este precioso tónico reemplaza al Cauterio, y cura radicalmente y en pocos días, las Cojeras recientes y antiguas, las Lisiaduras, Esquinces, Alcances, Moletas, Alifates, Esparavanes, sobrehuesos, Flojedades é Infartos en las piernas de los jóvenes caballos, etc.; sin ocasionar (a) ni caída de pelo, aun durante el tratamiento. — Revulsivo y Resolutivo inmejorable en las enfermedades internas. — Precio 6 fr. Depósito General: Farm. GENEAU, 165, r. St-Honoré, PARIS



J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma a S. Pablo N. 22-Teléfono N. 2159

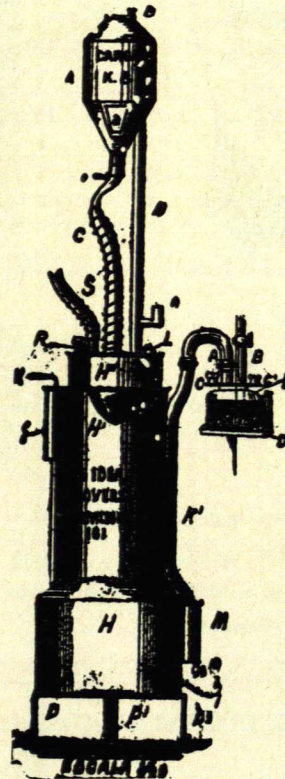
TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

Departamento Acetileno

Aparatos sistema Roversi—Carburo de calcio de primera a \$ 17 los kilos 100 netos — Quemadores Bunsen, Hornillas, lámparas, tuberías y accesorios de todas clases. Instalaciones completas. — EL IDEAL a caída de carburo en el agua—Privilegio N. 161.

Departamento Mármoles

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos—Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela—Ministro de España—General Bello—Faro de Puerto Cabello—Dr. Conde Flores—Dr. Lacavalerie—Ing. M. Pérez—Hotel León de Oro—Familia Rodríguez—Tipografía Vidal—Marmolería Roversi—Panadería Solís—General Quintero—Dr. Rivero Saldivia—Montemayor, etc.

Más de 30 son los aparatos colocados
Carga de k 1 a k 50 — Valor: de \$ 10 a \$ 250

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL

prescrito por los Médicos en los casos de **ENFERMEDADES DE LA PIEL**

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, París y en todas Farmacias del Extranjero.



Surtido más completo

*
Garantía absoluta

*
Trato más esmerado

Sur 1 - No. 36 Bolsa á Mercaderes

Teléfono 686 CARACAS

GATHMANN HNOS.

Joyería-Relojería-Casa de Óptica

Jarabe de Digital de LABELONYE

Empleado con el mejor éxito.

contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesías, Tosas nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

HEMOSTÁTICO el más PODEROSO
SOLUCIÓN TITULADA
Las Gageas hacen mas facil el labor del parto y detienen las pérdidas.
AMPOLLAS ESTERILIZADAS para Inyecciones Hipodérmicas

Ergotina y Gageas de ERGOTINA BONJEAN

Medalla de ORO de la Sad de Fia de Paris.
LABELONYE y Cia, 99, Rue d'Aboukir, PARIS y EN TODAS LAS FARMACIAS.

Las cataratas del Niágara amenazadas

PELIGROS DEL INDUSTRIALISMO AMERICANO

El espíritu anglo-sajón, que ha sido calificado de «práctico» (por razón de no retroceder ante ningún obstáculo cuando media el interés representado por la libra esterlina ó el dollar), se dispone a privar al mundo de una de sus maravillas: las famosas cataratas del Niágara.

Leemos, en efecto, en una interesante carta dirigida desde Nueva York al *Daily Chronicle*, que mister Dow, presidente de la Junta State Reservation, en Niágara Falls, ha dirigido una enérgica comunicación al Senado del Estado de Nueva York, solicitando del Gobierno enérgicas medidas que pongan á cubierto, si aún es tiempo, la propiedad nacional en la célebre región americana.

Según la referida Memoria, existen ya nada menos que siete concesiones hechas á otras tantas Compañías, mediante las cuales pueden éstas hacer tomas de aguas en el Niágara.

Una de dichas Compañías se halla autorizada para obtener fuerza hasta un total de 200.000 caballos, cifra que representa la utilización del 6 por 100 del caudal del río.

Ahora bien: como quiera que los ingenieros americanos han asegurado repetidas veces que la toma de un 20 por 100 de la capacidad del Niágara daría por resultado la desecación completa de las cataratas, y ahora parece que otras dos compañías manufactureras, la Niágara Lockport y la Ontario Power, tienen solicitado el aprovechamiento de una cantidad ilimitada de agua, no es extraño que haya sido dada la voz de alarma por

la referida Junta de la State Reservation.

Antes de quedar esta Junta constituida; es decir, antes de efectuarse la apropiación por el Estado norteamericano de las cataratas del Niágara, no se había hecho ni una sola concesión de aprovechamiento de aguas. Mediaron luego, sin duda, poderosas influencias, y apenas transcurridos dos años de la formación de la Junta, ya existían cuatro concesiones importantes, sin tener en cuenta que también iban menudeando en la orilla canadiense del Niágara, con grave daño del caudal del río. Entre las concesiones hechas en el territorio del Canadá figura la de la Compañía Niágara Falls Power, cuyos establecimientos, construidos á un par de kilómetros de las cataratas, pueden obtener fuerza por un total de 110.000 caballos.

Las tomas de agua se verifican por medio

Contra las

ENFERMEDADES NERVIOSAS

**VÉRTIGOS
PALPITACIONES
EPILEPSIA, etc.**

no hay mejor Remedio que las

CÁPSULAS DEL D^R CLIN

al Bromuro de Alcanfor

CLIN & COMAR - PARIS
y en las Farmacias. 636



POSTALES

Las tarjetas postales que han llegado á la Empresa El Cojo son de un exquisito gusto artístico. Lujosa existencia para ser vendidas sueltas y en preciosas colecciones.

GOTA

LICOR

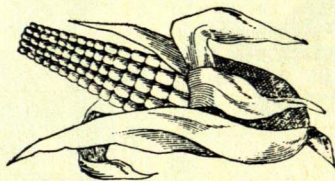
DEL D^R.

LAVILLE

CLIN Y COMAR - PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS 613

REUMATISMOS

MAIZ-ORIZA



CONDE H^{NO S.}

Es la mejor harina de maíz y arroz. Su feliz combinación la hace superior á las Maizenas conocidas.

Para postres, cremas y atoles, no admite competencia, y para el aplanchado de la ropa no tiene rival.

DE VENTA: Al detal en todas partes y al mayor en los principales almacenes y boticas de la capital.

Conde Hermanos.

Marrón al Dr. Paúl, N^o 6, Caracas.—Teléfonos Ns. 1.022 y 1.023.

Agente General,

Carlos Orta Ibarra.



RECOMPENSA NACIONAL
de 16,600 fr.

Siete Medallas de ORO, etc.

Males de Estómago, Falta de Fuerzas,
Anemia, Calenturas, etc.

QUINA-LAROCHE

EL MISMO
FERRUGINOSO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.
Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.
Paris, 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias.

EL MISMO
FOSFATADO



INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA CLOROSIS

★

VINO AROUD

✦ ✦

CARNE-QUINA-HIERRO

El más poderoso Regenerador.

3.500.000 caballos. Esta enorme fuerza se produce de un modo interrumpido, porque el canal del río se encuentra regulado permanentemente por los Grandes Lagos.

Cree el corresponsal del *Daily Chronicle* que la comunicación de Mr. Dow dará por resultado el que los Gobiernos inglés y norteamericano se pongan de acuerdo para dictar una ley que proteja las cataratas, amenazadas hoy de quedarse en seco.

La Cafetera Mágica

HUEVOS HERVIDOS EN HIELO

Pocos espectáculos tienen tanta importancia científica como el que está presentando en estos días al público neoyorkino, con el título de *La Cafetera Mágica*, el notable prestidigitador José Yarrick.

En el escenario no hay más que algunas elegantes mesillas, sobre las cuales se ve una porción de variadísimos objetos, y una gran cafetera, cuyo contenido hierve á pesar de

hallarse, no sobre un fogón ni una estufa, sino encima de un bloque de hielo. Con estos accesorios, el prestidigitador hace una porción de cosas que no pueden menos de asombrar al público.

Empieza por echar parte del contenido de la cafetera en un sombrero, y en presencia de todo el mundo lava algunos pañuelos, que pide prestados á los espectadores, y que devuelve inmediatamente sin el menor rastro de humedad. Luego mete unas uvas en la cafetera, y las saca duras como cantos; echa un chorro de hirviendo líquido sobre un trozo de hielo, y éste comienza á arder con brillante llama, y, por fin, coloca un huevo sobre el hielo, echa encima el agua de la cafetera, y lo presenta pasado por agua al admirado público.

El secreto de tan maravillosos experimentos no consiste en otra cosa sino en que el agua de la cafetera no es tal agua, sino aire líquido, cuyas misteriosas propiedades hacen posibles todas aquellas aparentes maravillas.

de inmensos canales. Aquéllas van á parar á pozos de 136 á 216 pies de profundidad, en el fondo de los cuales se hallan instaladas potentes turbinas. Transformada esta fuerza en energía eléctrica, procura luz y calefacción á las ciudades vecinas, entre ellas la muy populosa de Buffalo.

Las cataratas del Niágara desarrollan, según cálculos de un ingeniero, una fuerza de



Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullie & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA

Phosphadine Fullie

es un alimento completo

DE FACIL DIGESTION

para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños

Nutrición de los convalecientes

En el raquitismo y en la anemia

Embarazos y dentición

En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela :

Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

EL APIOL de los JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA
DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre

el Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable.

40, Rue Bonaparte, PARIS

y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N.B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

LES PLAQUES ET PAPIERS

JOUGLA

SIEMPRE SON INMEJORABLES

Con buen éxito.—Declara el doctor J. Trujillo Arraval, Médico Director del Hospital de Beneficencia de Caracas:

"He usado siempre con buen éxito la celebrada Emulsión de Scott".

Breve, pero significativa y saludable manifestación.

El origen de la luz

El inventor de la melinita, Turpín, ha sostenido en un libro poco conocido una teoría sumamente paradójica, según la cual la energía luminosa no es más que «la materia que cae», y si los planetas, comenzando por la Tierra, giran eternamente sobre sí mismos, es porque reciben la impulsión continua producida por el bombardeo atómico que se desprende del Sol.

Esta hipótesis, expuesta hace diez años, produjo una inmensa carcajada.

Pero hé aquí que Blondot, el descubridor de los rayos N, presenta á la Academia la siguiente comunicación :

Si se coloca un disco metálico, una moneda de plata, por encima de una pantalla horizontal de sulfuro de calcio fosforescente, se observa que aumenta el brillo de la pantalla, aunque varíe la altura á que se sitúa la moneda, pudiendo elevarse aun hasta varios metros. Si se separa de la vertical no se observa nada.

El mismo fenómeno se observa colocando

la pieza debajo de la pantalla, siempre que no se la separe más de 5 ó 6 centímetros.

Si la moneda se pone vertical, de modo que el canto mire á la pantalla, el aumento de fosforescencia forma dos curvas, cual si de las dos caras de la moneda cayeran dos chorros radiantes sobre la placa de sulfuro.

Es decir, que sucede cual si la plata proyectase por su superficie una emisión de átomos pesados, cuyo choque con el sulfuro avivase su resplandor; y aún más: interponiendo un vidrio se anula ó se desvía, cual lo hiciera un chorro de agua, el efecto de luminiscencia; parece que en el vidrio tropieza la materia que cae.

Esto no parece ser otra cosa que la teoría de Turpín, que pretendía que la luz, desprendida en flujo continuo por el Sol, no se hace visible más que cuando salva los cuerpos celestes, lo mismo que las olas se transforman en blanca espuma al chocar contra los arrecifes.

En resumen, las experiencias del físico de Nancy prueban la existencia de una emisión pesada, que se desprende de algunos metales, y que parece comprobar la ley de la radio actividad universal; como presentía Turpín, la energía radiante es un bombardeo de materia imponderada, pero ponderable, ó como él dijo, «la materia que cae».

Ratas que fertilizan campos

La lombriz de tierra, ese utilísimo gusano que fertiliza nuestros campos fabricando la tierra vegetal, no se encuentra en ninguna parte de la América Septentrional al Sur del Saskatchewan, ó sea al Oeste de la cuenca del Mississippi, exceptuando solamente una estrecha faja á lo largo del Pacífico. Sin embargo, en dicha región, siempre que hay la humedad necesaria para producir vegetación anual, se halla una capa de tierra vegetal cuyo espesor puede llegar á 30 y aun á 60 centímetros. Ahora bien; ¿cómo se forma esta tierra vegetal si faltan las lombrices?

MANUAL DE HISTORIA DE VENEZUELA

Por Felipe Tejera

Avisamos al público que ya está en prensa en los talleres de la Empresa El Cojo la 4ª EDICION de esta importante obra didáctica que ha sido aceptada como texto en los Colegios y Escuelas de la República; y que esta Edición está notablemente corregida y aumentada y lleva la narración histórica hasta el fin del siglo XIX.

La solución de este problema acaba de ser hallada por un naturalista americano. El trabajo que la lombriz hace en Europa, lo llevan á cabo en América ciertos mamíferos roedores, los geomís ó ratas de buches, que se pasan la vida cavando y haciendo túneles á unos 30 centímetros bajo tierra. Estos geomís, que se parecen bastante á las ratas de agua, abundan mucho en aquel país; trabajan incesantemente, en verano y en invierno, de día y de noche, acabando por hacer el mismo efecto que la reja de un arado, mezclando la vegetación muerta con el terreno y produciendo así una tierra vegetal rica y fértil.

Según Darwin, la lombriz fabrica en cinco años la tierra vegetal suficiente para formar una capa de dos centímetros y medio de espesor; el geomís no necesita más que cinco meses para obtener el mismo resultado. Los labradores norte-americanos, sin sacar del hecho ninguna conclusión científica, saben muy bien que la fertilidad de un campo aumenta cuando los geomís han levantado el terreno al hacer sus excavaciones.

Una nueva señal de la muerte

Los famosos rayos N, emitidos por la materia viva y, de un modo general, por todos los procesos químicos de actividad, acaban de recibir de los sabios Becquerel y Broca una preciosa aplicación.

Examinando algunos perros sometidos á la



PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILYON DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



acción del cloroformo, del éter y del cloral mórfico, estos investigadores han observado que el cerebro, tras una enorme emisión de rayos N, durante el período de excitación del principio de la anestesia, cesa progresivamente de emitir estos rayos.

Luego la falta de toda radiación del cerebro durante algunos minutos sería una señal cier-

ta de muerte, y la simple disminución de los rayos N emitidos por el cerebro sería un signo cierto de afección mortal.

Este descubrimiento es tanto más importante, cuanto que será el único medio seguro de conocer con certeza y rapidez la muerte, que hasta ahora sólo podía afirmarse por la putrefacción del cadáver, prueba segura, aun-

que desgraciadamente tardía, de la muerte real.

Son muchas las personas que temen ser enterradas vivas. La existencia del fenómeno de que nos ocupamos puede tranquilizarlas; es evidente que no tardará en nacer una nueva industria: la de los exploradores de las radiaciones vitales.